

Natalia Ginzburg

A propósito de las mujeres

Edición ilustrada por
Oscar Tusquets Blanca

Prólogo de
Elena Medel

Lumen

A detailed oil painting of a woman with long, dark, wavy hair, wearing a white, off-the-shoulder dress. She is shown from the chest up, looking slightly to the right with a serene expression. Her right arm is raised, resting against a light-colored, textured surface. The background is composed of soft, blended brushstrokes in shades of brown and beige, creating a sense of depth and atmosphere. The painting is set against a white background that forms a triangular shape on the right side of the cover.

A propósito de las mujeres

Natalia Ginzburg

Traducción de
Maria Pons Irazazábal

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Índice

A propósito de las mujeres

Prólogo. Ser y no ser, por Elena Medel

A propósito de las mujeres

Una ausencia

Los niños

Giulietta

Traición

La casa junto al mar

Mi marido

Las muchachas

La madre

Sobre este libro

Sobre Natalia Ginzburg

Lumen recomienda

Créditos

A propósito de las mujeres

Prólogo

Ser y no ser

La historia que ahora empieza ya acabó. Igual que si llegaras tarde a una cita con amigos, escucharas una anécdota precipitarse al desenlace y te correspondiera imaginar qué la originó, cómo se enfrentaron a ella sus protagonistas: así ocurre en los relatos de Natalia Ginzburg. La autora nos cuenta las historias cuando ya se ha apagado la luz de la habitación de los niños, y algo sucede al otro lado de la pared donde están los adultos, o cuando se recibe al hermano contándole secretos que ya no pueden esconderse más; el conflicto se instaló mucho antes de que tú lo leyeras.

Por eso los relatos de *A propósito de las mujeres* — precedidos de un espléndido artículo que sirve de invitación a la charla sobre quiénes somos y qué queremos las mujeres — precisan el cuidado en la lectura. Esta escritura de Ginzburg — estas maneras y este ambiente — no la reconoce la costumbre: su prosa se demora de una forma ajena a sus otras obras, la exactitud la fija en otros elementos. Por eso mismo se trata de una obra valiosísima: porque huele a Ginzburg, claro, porque lo que importa se desenvuelve entre las cuatro paredes del hogar, porque la familia no acoge sino que expulsa, pero en estas historias el camino se recorre de manera diferente. Plantea atajos que no siempre dirigen al lugar que deseamos, o nos conduce a un sitio que no esperábamos, y que tenemos que asumir.

Algunos de los relatos de *A propósito de las mujeres* se incluyeron en *Cinque romanzi brevi e altri racconti* (1993), el volumen póstumo en el que

Einaudi recogió aquellas obras de Ginzburg que excedían el molde tradicional de la novela, y exigían otro nombre. Un esquema que Ginzburg hizo y deshizo a su antojo — quebrando las distancias entre la ficción y la autobiografía, cambiando las etiquetas de una a otra —, pero que permitía — por extensión, por aspiración — dibujar una línea más o menos constante en su escritura. En cambio, otros de estos cuentos permanecieron inéditos hasta la publicación de *Un'assenza*, el volumen de textos breves — artículos, crónicas y relatos — que el escritor Domenico Scarpa preparó para la celebración del centenario del nacimiento de la autora.

A todos ellos nos acercamos como si exhibieran un aviso en la cubierta: «confidencial». Y desde este gesto, entre el descubrimiento y la revelación, fluye *A propósito de las mujeres*: algo prende la chispa, y ese algo se susurra — se adivina, se reconstruye al final del relato, cuando empezamos a presagiar el comportamiento de cada personaje — hasta que irrumpe la voz alta de quien narra. Entonces se nos abre paso, en ese momento comenzamos a leer. Es nuestro turno: la historia que ahora empieza ya acabó.

La luz nos ciega en estos relatos, preñados de imágenes que no esperamos. Los detalles no se amontonan como ropa sucia, no se acumulan esperando a la acción, sino que se disponen a la vista del lector, para que los ordenemos según nuestro antojo o nuestro palpito; se «recuentan», por así decirlo.

En las distancias cortas, Natalia Ginzburg recuenta. De esto tienen mucho sus relatos: de respiración — inspira, expira — brevísima, apenas unas pocas páginas en las que se intuye más que se explicita, en la que el nudo se suelta antes de que nos sintamos como en casa; nos provocan la incomodidad, no nos quieren con ellos, se bastan solos. Funcionan sin el lector, y ahí la paradoja: funcionan para el lector, igual que si te enteraras de una anécdota que se describiese sin florituras, tal y como sucedió, con el tiempo exacto, contada porque necesita contarse. Así, con esa urgencia y esa conciencia

sabias, con ese raro apego — sus personajes, en unos pocos trazos, viven para sí mismos —, afronta Natalia Ginzburg sus relatos.

Porque la autora no se acerca al género del cuento como un campo de pruebas, como un ejercicio menor que tolere los ensayos y permita los errores: todo lo contrario. Ginzburg convierte el relato en el territorio de la exigencia; quizá de ahí que no se prodigara en su escritura pública, exigente al decidir qué entregaba a la imprenta y qué guardaba para sí. Consciente de que el mecanismo de escritura se modifica en el tránsito de un género a otro, en sus cuentos — con mucho de estampa — Ginzburg reinventa su escritura. Me refería antes a la prosa que se demora, y en *A propósito de las mujeres* se extiende al narrar y acumula lo transcurrido, frente al gusto por lo concreto e inmediato de sus novelas, escritas en pasado y percibidas como si sucedieran en presente. Inventa en la intimidad, y apaga el calor de sus historias largas, que aquí duelen al frío. Y es que pareciera que Natalia Ginzburg concebía el relato partiendo de la imagen del iceberg, que asoma su presencia y oculta su peligro: los personajes de *A propósito de las mujeres* irrumpen en la historia, resuelven o emborronan sus circunstancias — lo lamento: en la vida escrita, como en la vida real, ningún final es del todo feliz —, se marchan — nos marchamos — y, al hacerlo, ya han dejado su huella en nosotros.

Los personajes de *A propósito de las mujeres*: los personajes femeninos en plano principal ya desde el título, diseccionados en el artículo que abre el conjunto, con un extraño aire de manifiesto. «He conocido a muchísimas mujeres», escribía Ginzburg en la galería — en el «recuento» — de mujeres que abre este volumen. Mujeres con hijos y sin hijos, tranquilas o desasosegadas, con trabajo o dependientes del marido. Mujeres como aquellas que más tarde, en la ficción, viven como quieren o como pueden; mujeres que focalizaron la obra de Ginzburg, tan contraria en sus palabras habladas al feminismo, tan cercana en las palabras escritas a la defensa de la

libertad y la independencia de la mujer. Ellas, las mujeres, constituyen el hilo evidente con el que se tejen los relatos de *A propósito de las mujeres*: estas piezas se unen porque las cose una mujer. Se unen porque se repiten en ellas algunas de las constantes de la narrativa de Ginzburg — la casa como espacio universal, en cuanto a que todo ocurre en ella, en cuanto a que iguala a unos y a otros; las relaciones sentimentales y/o familiares como origen del caos, abordadas desde la ingenuidad o desde la amargura —, y porque una sombra las tiñe: la de Antón Chéjov, el maestro de Ginzburg, a quien dedicó una biografía, y cuyo rastro se percibe aquí con claridad. Su sutileza y su elegancia laten aquí, en estos cuentos que se interpretan — también — como homenaje.

«Cuando lo frecuentaba, no mostraba interés por ninguna de las mujeres a quienes entonces tratábamos», lamenta el narrador de «La casa junto al mar» sobre su amigo Walter, en una reflexión que suena mucho a aquellas disquisiciones sobre el oficio de escribir que Ginzburg solía deslizar en sus textos. Aquí nos desafía al otro extremo: a mostrar interés por todas las mujeres de las que habla. Distintas entre sí: unas mantienen la fidelidad a sus deseos, otras se comportan como esperan de ellas los demás. Por eso nos las creemos. No obedecen a ninguna intención moralizante, a estereotipos o ejemplos preconcebidos. Cuentan la verdad: viven de verdad.

¿Con qué libros de la propia Ginzburg se hermana *A propósito de las mujeres*? La distancia corta y la frase deteniéndose lo vinculan con los artículos de *Las tareas de casa y otros ensayos*, pero aquí la apuesta se decanta por la ficción. Esta decisión los acercaría a *Todos nuestros ayer*, pero ahí vemos en su escritura una ambición diferente: la de comenzar por el principio, planteando otro juego al lector. La voluntad del retrato político desde el retrato íntimo fuerza la distancia de *Léxico familiar*, de donde procede ese discurso de que todo lo que nos marca sucede en el hogar. Con

La ciudad y la casa comparte sus metáforas — los lugares, las experiencias que nos unen lejos de la sangre —, pero desconoce sus realidades. Dialoga con todos, enmudece con todos. Significa y vale por sí mismo.

Una más de las razones de la grandeza de Natalia Ginzburg: que, una vez disfrutada casi toda su obra, una vez anotadas y aplaudidas todas sus lecciones, un texto que desconocíamos nos arroja una imagen distinta. En sus cuentos reconocemos discursos e intereses ya sabidos, y nos deslumbran otros nuevos. Ella nunca se agota, siempre nos ofrece más. La de estos relatos no es Natalia Ginzburg, pero es Natalia Ginzburg, pero no es Natalia Ginzburg: la historia que ahora empieza ya acabó.

ELENA MEDEL

A propósito de las mujeres

El otro día volvió a mis manos un artículo que escribí inmediatamente después de la Liberación y me sentí algo incómoda. Era un texto tontorrón: muy rebuscado, con hermosas frases muy estudiadas y bien construidas; ahora ya no quiero escribir así. Y además afirmaba con entusiasmo y convicción obviedades, aunque la verdad es que inmediatamente después de la Liberación, casi todo el mundo se acaloraba mucho diciendo cosas obvias. En cierto sentido incluso era lo apropiado, porque en veinte años de fascismo se habían perdido los valores más elementales y había que comenzar de nuevo desde el principio, empezar a llamar otra vez las cosas por su nombre, y a escribir por escribir, para comprobar si todavía estábamos vivos.

Mi artículo hablaba de las mujeres en general, y decía cosas que ya se saben, decía que las mujeres no son peores que los hombres y que también pueden hacer cosas buenas si se empeñan, si la sociedad las ayuda, etcétera. Pero eso era una tontería porque no me preocupaba de conocer cómo eran las mujeres realmente: las mujeres de las que hablaba entonces eran inventadas, en absoluto parecidas a mí o a las que he conocido en mi vida; tal como hablaba de ellas, parecía facilísimo salvarlas de la esclavitud y convertirlas en seres libres. Sin embargo, se me olvidó decir algo muy importante: que las mujeres tienen la mala costumbre de caer en un pozo de vez en cuando, de dejarse embargar por una terrible melancolía, ahogarse en ella y bracear para mantenerse a flote: ese es su verdadero problema. Las mujeres se avergüenzan a menudo de ello, y fingen que no tienen problemas, que son

enérgicas y libres, y caminan con paso firme por las calles con grandes sombreros y bonitos vestidos y los labios pintados y un aire resuelto y altivo, pero nunca me he encontrado con una mujer en quien no haya descubierto al poco rato algo doloroso y lamentable que no he visto en los hombres, un peligro continuo de caer en un gran pozo oscuro, algo que proviene del temperamento femenino y tal vez de una secular tradición de sometimiento y esclavitud, que no será nada fácil vencer; he descubierto precisamente en las mujeres más enérgicas y altivas algo que me inducía a compadecerlas y que entendía muy bien porque yo comparto ese mismo sufrimiento desde hace muchos años y hasta hace poco no he comprendido que se debe al hecho de ser mujer y que me será difícil librarme de él. Dos mujeres se entienden muy bien cuando se ponen a hablar del pozo oscuro e intercambian impresiones sobre esos pozos y sobre la absoluta incapacidad que sienten entonces de comunicarse con los demás y de hacer algo serio, y sobre los forcejeos para mantenerse a flote.

He conocido a muchísimas mujeres. He conocido a mujeres con hijos y a mujeres sin hijos, me gustan más las mujeres que tienen hijos porque enseguida sé de qué hablar: cuántos meses lo amamantaste, qué le diste luego y qué le das ahora. Si se juntan dos mujeres pueden hablar sin parar de este tema. He conocido a mujeres que podían subirse a un tren y marcharse, dejando a sus hijos por un tiempo sin sentir una angustia terrible ni que estuvieran haciendo algo contra natura, que podían vivir tranquilamente muchos días lejos de ellos sin sentir ese miedo visceral e irreflexivo de que les pase algo malo, como me ocurre siempre a mí; no es que esas mujeres no quisieran a sus hijos, los querían tanto como yo quiero a los míos, simplemente eran más fuertes. He conocido a mujeres tranquilas, pero pocas, la mayoría son como yo y no consiguen dominar ese miedo visceral y angustioso, ni esa sensación de hacer algo contra natura cada vez que se

acuestan en una cama de una ciudad extranjera a muchos, muchos kilómetros de casa. Me he esforzado por ser más fuerte, me he esforzado por dominarme lo mejor que he podido y cada vez que he subido a un tren sin los niños me he dicho: «Esta vez no tendré miedo», pero el miedo ha aparecido una y otra vez, y lo que todavía no he conseguido saber es si se me pasará cuando mis hijos sean adultos; espero que se me pase. No puedo pensar tranquilamente en viajar como me gustaría, a decir verdad le doy muchas vueltas, pero sé muy bien que me resulta imposible hacerlo. De modo que hay mujeres canguro y mujeres no canguro, pero las mujeres canguro son muchas más.

He conocido a muchísimas mujeres, a mujeres tranquilas y a mujeres no tranquilas, pero también las tranquilas caen en el pozo: todas caen en el pozo de vez en cuando. He conocido a mujeres que se consideran muy feas y a mujeres que se consideran muy guapas, a mujeres que viajan y mujeres que no, a mujeres que sufren dolor de cabeza de vez en cuando y a mujeres que nunca lo sufren, a mujeres que se lavan el cuello y a mujeres que no se lo lavan, a mujeres que tienen muchos hermosos pañuelos blancos de hilo y a mujeres que no tienen pañuelos o, si los tienen, los pierden; a mujeres que llevan sombrero y a mujeres que no llevan, a mujeres que temen estar demasiado gordas y a mujeres que temen estar demasiado delgadas, a mujeres que se pasan el día en el campo con la azada y a mujeres que parten la leña con la rodilla y encienden el fuego y preparan la polenta y mecen al niño y lo amamantan, y a mujeres que se aburren mortalmente y asisten a cursos de historia de las religiones, y a mujeres que se aburren mortalmente y sacan a pasear al perro, y a mujeres que se aburren mortalmente y se dedican a martirizar a quien tienen a mano, a su marido o a su hijo o a la criada, y a mujeres que salen por la mañana con las manos amoratadas por el frío y una bufandita al cuello y a mujeres que salen por la mañana moviendo el trasero y contemplando su reflejo en los escaparates, y a mujeres que han perdido su

trabajo y se sientan a comer un bocadillo en un banco del jardín de la estación y a mujeres que han sido abandonadas por un hombre y se sientan en un banco del jardín de la estación a empolvase ligeramente la cara. He conocido a muchísimas mujeres, y ahora estoy segura de descubrir en ellas al cabo de un rato algo digno de conmiseración, un problema mantenido más o menos en secreto, más o menos grande: la tendencia a caer en el pozo y encontrarse con una posibilidad de sufrimiento infinito que los hombres no conocen tal vez porque gozan de mejor salud o son más capaces de olvidarse de sí mismos y de identificarse con su trabajo, más seguros de sí y más dueños de su cuerpo y de su vida, y más libres.

Las mujeres comienzan en la adolescencia a sufrir y a llorar en secreto en su habitación, lloran por culpa de su nariz o de su boca o de alguna parte de su cuerpo que no les gusta, o lloran porque creen que nadie las querrá nunca, o porque tienen miedo de ser estúpidas, o porque tienen miedo de aburrirse en vacaciones, o porque tienen pocos vestidos: estas son las razones que se dan a sí mismas, pero en el fondo no son más que pretextos y en verdad lloran porque han caído en el pozo y saben que a lo largo de su vida caerán en él a menudo, lo que les hará más difícil llevar adelante algo serio. Las mujeres piensan mucho en ellas mismas y piensan de una forma amarga y febril que los hombres desconocen. Es muy difícil que lleguen a identificarse con el trabajo que realizan, es difícil que consigan emerger de esas aguas oscuras y dolorosas de su melancolía y olvidarse de sí mismas.

Las mujeres tienen hijos y cuando nace el primer niño aparece en ellas una nueva especie de tristeza hecha de cansancio y miedo, y aparece siempre, incluso en las mujeres más sanas y tranquilas. Es el miedo a que el niño enferme, o es el miedo a no tener suficiente dinero para comprar cuanto necesita el niño, o es el miedo a tener la leche demasiado grasa o a tenerla demasiado líquida, es la sensación de no poder viajar tanto como antes, o la

sensación de no poder dedicarse ya a la política, o la sensación de no poder volver a escribir o de no poder pintar como antes o de no poder escalar montañas como antes por culpa del niño; es la sensación de no poder disponer de la propia vida, la preocupación de tener que protegerse de la enfermedad y la muerte porque la salud y la vida de una mujer es necesaria para su hijo.

Y hay mujeres que no tienen hijos, y esta es una gran desgracia, es la peor desgracia que puede sucederle a una mujer, porque en un momento dado todo se convierte en desierto y aburrimiento y hastío de las cosas que antes se hacían con audacia, escribir y pintar y hablar de política y hacer deporte, y todo se convierte en cenizas en sus manos, y una mujer consciente o inconscientemente se avergüenza de no haber tenido hijos y empieza a viajar, pero incluso viajar es difícil para una mujer, porque tiene frío o porque le duelen los zapatos o porque se le hacen carreras en las medias o porque la gente se sorprende de ver a una mujer que viaja y mete las narices en todas partes. Y todo esto aún puede superarse, pero además está la melancolía y las cenizas en las manos y la envidia al ver las ventanas iluminadas de las casas en las ciudades extranjeras. Tal vez consigan vencer la melancolía un largo tiempo y paseen al sol con paso firme y hagan el amor con los hombres y ganen dinero y se sientan inteligentes y bellas, ni demasiado gordas ni demasiado delgadas, y se compren sombreros extravagantes con lazos de terciopelo y lean libros y los escriban, pero en un momento dado caen de nuevo en el pozo con miedo y vergüenza y desprecio de sí mismas y ya no consiguen escribir libros y tampoco leerlos, no logran interesarse por nada que no sea su problema personal, que muchas veces no saben explicarse bien y al que dan nombres diversos, nariz fea boca fea piernas feas aburrimiento cenizas hijos no hijos.

Y luego las mujeres empiezan a envejecer y se buscan las canas para

arrancárselas y se miran las ligeras arrugas debajo de los ojos y comienzan a tener que ponerse fajas con dos ballenas en la barriga y dos en el trasero y dentro de ellas se sienten oprimidas y sofocadas, y todas las mañanas y todas las noches observan cómo su rostro y su cuerpo se transforman poco a poco en algo nuevo y penoso que pronto ya no servirá para nada, ya no servirá para hacer el amor ni para viajar ni para practicar deporte, sino que será algo que ellas mismas deberán cuidar con agua caliente y masajes y cremas o bien dejarlo que vaya devastándose y marchitándose bajo la lluvia y el sol y olvidar el tiempo en que fue bello y joven.

Las mujeres son una estirpe desgraciada e infeliz con muchos siglos de esclavitud a sus espaldas y lo que tienen que hacer es defenderse con uñas y dientes de su malsana costumbre de caer en el pozo, porque un ser libre no cae casi nunca en el pozo ni piensa siempre en sí mismo, sino que se ocupa de todas las cosas importantes y serias que hay en el mundo y solo se ocupa de sí mismo esforzándose por ser día a día más libre. La primera que debe aprender a actuar así soy yo, porque de lo contrario seguro que nunca podré hacer nada serio y el mundo no progresará mientras esté poblado por una legión de seres que no se sienten libres.

Una ausencia

Al regresar de la estación se sintió solo en aquella casa demasiado grande. Nunca le parecieron tan carentes de sentido los largos cortinajes oscuros, las estanterías polvorientas, el criado que servía la mesa con guantes de hilo blanco. En ausencia de Anna, todo eso se le antojaba una farsa. Y por la noche, primero le hizo reír la cama de matrimonio, con la colcha de raso celeste, y luego lo llenó de melancolía. A Anna le gustaban las cosas ostentosas, solemnes, a la antigua; si hubiese podido se habría hecho un vestido con drapeados y gasas, y un ancho sombrero con plumas como se llevaban antes.

Aquella primera noche de soledad, Maurizio se acostó temprano y durmió de un tirón; por la mañana lo despertaron los gritos de su hijo, que no quería lavarse. Buscó con la mirada el albornoz blanco de Anna, colgado junto a la cama. No lo vio y entonces se acordó. «Anna está en San Remo.» Pensó que le correspondería a él reñir al niño y darle un buen sermón como los de Anna, decirle, por ejemplo, que todos los niños buenos se lavaban, y que se convertiría en un Pedro Melenas, y amenazarle con quitarle la pelota nueva. Pero como no le apetecía, no se movió. Al cabo de un rato los gritos cesaron y oyó los pesados pasos de la niñera, su voz grave que susurraba:

—Vamos, cariño, ve a dar los buenos días a papá.

Por la puerta asomó el niño, con la rubia cabeza despeinada y la carita sonrosada.

—Villi, cariño, ven aquí.

Lo ayudó a subir a la cama, acarició con las manos sudadas sus manitas frías.

—¿Quién tenía una rabieta hace un momento? No, los niños malos no me gustan.

Luego jugaron a la pelota en pijama, y se divirtieron mucho. Era una mañana clara, soleada y apacible.

—Ahora ve a vestirme, querido.

Estuvo una hora en el baño, frotándose de arriba abajo con la esponja. Luego pidió que le sirvieran una taza de chocolate. Anna siempre tomaba té, y le hacía tomar té también a él, porque, decía, no hay que dar demasiado trabajo al servicio. «Esto no es un hotel.»

Se vistió, se dirigió al estudio y se tumbó en el diván sin quitarse los zapatos, pidiendo perdón por ello a Anna de todo corazón. «¿Qué demonios podría hacer? No me apetece salir.» Alargó una mano hacia el estante, eligió un volumen de poesía francesa moderna que a ella le gustaba, leyó un poema y se aburrió. Prefería las poesías con rima y ritmo; un día se lo dijo a Anna, que respondió con una mueca.

Trató de imaginarla en San Remo y la vio paseando por una avenida, con su largo abrigo blanco. También se la imaginó de noche, con un vestido negro muy escotado por la espalda. Anna solo vestía de blanco y negro: siempre de blanco y negro, como un piano. «Es distinguido», decía. Odiaba lo que no era distinguido. Algunos amigos de su marido... «Buena gente», decía. Cuando decía eso, lo de «buena gente», uno se daba cuenta de que los despreciaba.

Él mismo no estaba muy seguro de que Anna no lo despreciara, a veces, y otras veces el pensamiento de haberse casado con ella lo llenaba de admiración. Antes de comprometerse con él, Anna había estado saliendo a pasear durante un mes con un estudiante judío que llevaba una barba corta y

pelirroja, y que escupía al hablar. Por lo demás, sabía once lenguas y tenía muchas virtudes, y si ella no se había casado con él era porque nunca lo habría hecho con un hombre feo y pobre. Y cuando los padres de Anna y el padre de Maurizio concertaron el matrimonio, ella no se negó; Maurizio se había preguntado muchas veces por qué. Y la mañana en que despertó en la gran cama de matrimonio, con la colcha de raso celeste y con Anna a su lado, se preguntó si todo aquello era cierto, y cómo era posible que lo fuese. Maurizio sabía que era muy rico, pero Anna también era muy rica, y ella no estaba enamorada de él, ni él de ella. Los dos lo sabían, y sin embargo no habían sido infelices, aunque al principio habían surgido algunos pequeños conflictos, porque Anna quería muebles antiguos y a Maurizio le gustaba el estilo Novecento, o por la cuestión del té y del chocolate, y cosas por el estilo.

Maurizio se había preguntado a menudo si Anna lo engañaba, y aquel día tuvo la certeza, creyó saber que había ido a San Remo por un amante y que nunca regresaría de aquel viaje. Imaginó una carta de ella: «Maurizio, siento no poder seguir callada, nuestro matrimonio ha sido un error... Debemos separarnos». Vio su letra grande y clara, el papel de escribir color lila. Imaginó al amante de Anna, muy alto y delgado, con el cabello largo rizado, un francés, tal vez un ruso. Pero no, Anna volvería, porque era una mujer sensata. «Amigo mío, tú no puedes comprenderme... mi hijo... Tú no entiendes lo que es ser madre.» A veces le gustaba hablar como la heroína de una novela: «Te recordaré mientras viva, a ti, y estos hermosos días...».

Y luego volvía, volvía, con el cabello más claro por efecto del mar, la hermosa boca roja en el rostro bronceado.

—¡Anna, querida Anna!

Se sentaba ante él, con las piernas cruzadas, tres arrugas horizontales en la frente.

—Maurizio, tengo que hablarte de cosas serias.

—¿Qué ocurre? — Él se levantaba, le ponía las manos en los hombros, sus manos fuertes, amarillentas de nicotina.

—¿Has buscado?

—¿Yo? ¿Qué?

—Un trabajo.

—Ah..., no, Anna, no me he acordado. — Y luego empezaba a protestar —: No sé, no creo que sea urgente. Tenemos mucho dinero.

—No importa. Es inmoral que no hagas nada. Y que encuentres placer en ello.

La primera vez que Anna le había hablado de buscar un trabajo, él se había echado a reír sorprendido:

—¿Un trabajo de qué?

—Oh, Dios mío... ¿No eres licenciado en leyes?

—¿Licenciado en leyes? Bueno, sí.

Aquella licenciatura en leyes también lo maravillaba, igual que su matrimonio con Anna. Había redactado una brevísima tesis, obtenido bajas calificaciones y se la habían regalado. Pero a ella le encantaba hablar de su licenciatura en las tertulias, y la metía de refilón en cualquier conversación con gran habilidad. «Sí, cuando Maurizio se licenció... mi suegro lo celebró con un gran banquete e invitó a muchos amigos... Yo también asistí. Todavía no éramos novios.»

A Anna le gustaban los recuerdos. Un día le dijo a Maurizio: «Háblame un poco de tu infancia». Y él le agradeció inmensamente aquellas palabras, porque también a él le gustaba recordar. Se puso a contar, a contar... ¡Su infancia! Tan viva, tan cercana... Pero Anna se había aburrido, no le habían gustado aquellos recuerdos. Para empezar, se lo había imaginado distinto de

niño. Había imaginado un chiquillo despierto, antojadizo, audaz, que trepaba a los árboles y escapaba de casa. Y en cambio...

—Cuando era pequeño siempre tenía otitis, llevaba un vendaje que me cubría las orejas. No me gustaba jugar con los otros niños... Me daban miedo las vacas. — Y proseguía —: ¿Sabes, Anna? Llevé bata hasta los quince años.

—¿Qué dices? ¿Hasta los quince?

—Pues sí, Anna, una bata ancha azul celeste, con dos grandes bolsillos.

Ella se echó a reír, pero era evidente que no le hacía gracia. Le costaba aceptar aquello de la bata.

—¿De verdad, de verdad que hasta los quince años?

—Que sí, Anna...

Y luego estaban sus juguetes. Le habría gustado hablar largamente de sus juguetes. Pero Anna no sabía escuchar mucho rato. A él no le gustaban los juegos mecánicos sino los de colores, los grandes peluches, los teatrillos de marionetas. Y prefería los cuentos ilustrados, los queridos cuentos alemanes, y la historia de Peter Pan a los libros de Verne o de Salgari. A Anna no le gustaba todo esto. Ella le regalaba a su hijo juguetes serios, complicados, mientras que Maurizio le llenaba el armario de bonitos juguetes antiguos, sencillos y vistosos, y era capaz de llegar a casa con tres pelotas rojas, porque esta era también una de sus viejas pasiones.

Aquel día — el primero tras la marcha de Anna — transcurrió lento, tranquilo y vacío. Llegó la noche y durante la cena Maurizio y Villi jugaron a muchas cosas, a las adivinanzas, a los retratos y los colores, y mancharon de salsa la alfombra, ante la silenciosa desaprobación del camarero, que se llamaba Giovanni. Luego Maurizio reparó en que se había hecho tarde para Villi, y para que se fuese a la cama sin llorar le prometió que otro día lo llevaría al cine, mientras de todo corazón pedía perdón por ello a Anna. El

niño le dio las buenas noches; él se inclinó para besarle la naricita pecosa y le dijo que soñara con mamá. Entonces se encontró solo en la mesa y por primera vez se percató de que una mesa después de comer tiene un dejo de tristeza, con todos los restos, las migas y las mondaduras, las copas medio vacías, las servilletas arrugadas. Decidió salir.

Se encontró en la calle con el abrigo desabrochado; sintió en el rostro un soplo de viento fresco y una ligera autocomplacencia. «¿Adónde voy? ¿Al cine?» Empezó a caminar por el puente; por debajo se deslizaba el río, oscuro, turbio, moteado de luces rojas. «¿Adónde voy?» Se detuvo y se apoyó en el pretil. «Anna... Ahora estará bailando, y luego beberá champán, y luego..., con su amante... Dios mío, ¿por qué no siento celos?» Alzó la vista hacia el cielo, una luna pequeña, unas pocas nubes sucias. Nunca había creído en Dios. «Dios mío, si existes, haz que esté celoso..., aunque solo sea por un momento, haz que esté terriblemente celoso...» Trató de recordarla: la boca fresca, los pechos pequeños, las suaves manos acariciadoras. «¡Anna, Anna!» Nada se agitó en su interior, no le sacudió ni el menor estremecimiento. En el cielo, una nube ocultó la pequeña luna, casi maliciosamente. Se sentía cansado, desanimado y solo. Recordó una frase de Anna, un día en que, medio en broma medio en serio, estaban peleando: «Agua, y no sangre, es lo que tienes en las venas». Agua, es cierto, no sangre: agua fresca, cristalina. Tenía la impresión de no haber sufrido nunca, por nada, por nadie. No recordaba haberse enamorado jamás. No recordaba haber deseado nunca locamente a una mujer. Ni más sueños que las locas fantasías de niño, mezcladas con cuentos absurdos y viejas leyendas. Y de golpe creyó entender lo que realmente era. «Dios mío, ¿por qué no has querido que yo también fuese un hombre, un hombre como los demás? ¿Por qué no me das fuerzas para proteger a mi hijo, para defender a Anna?» Así se dirigía a Dios, por necesidad de culpar a alguien. «Soy un niño, y solo eso, un niño como mi

hijo.» Supo que estaba viviendo uno de esos momentos de sinceridad, tan raros en su vida. «Ni siquiera a Villi lo quiero de verdad. Me divierto con él, con sus juguetes. Si mañana fuésemos pobres, no tendría energía para ponerme a trabajar por mi hijo. A quién le soy útil yo, quién sufriría si yo... si faltara...» La gente pasa a su alrededor, pero él solo piensa en sí mismo y en el río. «Si me tirase... Anna recibiría un telegrama: “Ocurrida desgracia. Ven enseguida”. ¡Cómo se asustaría! Pensaría en Villi. Luego, en el periódico: “Muerto prematuramente, comunican la dolorosa pérdida...”. Pero no me tirarían al río, tan oscuro y sucio. Con toda la basura de la ciudad. Anna dice que soy un remilgado. “No puedo trabajar como abogado, Anna, los pobres me dan asco.” “Pero si no tienes que ponerte su ropa, ¡qué demonios! Tus clientes... Se trata de hablar con ellos de la causa.” “Lo sé, Anna, pero el olor a ajo y cebolla me revuelve las tripas”.» A veces exageraba, para provocarla.



Anna leyendo (1978)

Lentamente, lentamente, se apartó del pretil. Reanudó la marcha. La luna reapareció: su corazón se inundó de una luz clara, fría. Lentamente, lentamente, sintió que volvía a ser el de antes. «Y por qué no ir esta noche... Aquella guapa jovencita rubia... Mimi, Lili o algo así.» Caminó más erguido, más rápido. Y se sintió vagamente orgulloso de aquel borroso pensamiento de suicidio, de un momento antes, en el puente. «¿Cici, Lili o cómo diantre se llama? Una guapa jovencita rubia, llena de hoyuelos, como Villi.» Quién sabe cómo sería su hijo de mayor. ¿Cómo él o como Anna? Anna había sido una niña parlanchina y precoz, que presentaron en sociedad muy temprano y que había aprendido a coquetear, pero con gracia y distinción, como lo hacía todo. Desde pequeña había viajado mucho y sabía tratar con la gente. Él no. Él a los quince años era un chico delgado, con una bata ancha azul celeste, y no deseaba a las mujeres... Se metió en una callejuela oscura, apenas iluminada por una farola de gas. «Ahora todo está en orden, querida Anna. Tú, en San Remo con tu amante, y yo aquí, con mi chica, una guapa Tití o Cici o como se llame. Ya he llegado.»

Sube los pocos escalones, toca la campanilla sin impaciencia, restriega escrupulosamente los zapatos en el felpudo, y cuando le abren entra, sin prisa, pidiendo perdón a Anna de todo corazón.

Los niños

Siempre la habían temido. Todo lo que le pertenecía, sus chinelas con tacón de madera, el paraguas con la cabeza de mono en el mango, la bolsa rosa de los caramelos de menta siempre presente sobre la mesilla de noche, todo adquiriría para ellos un significado misterioso y maléfico. En el salón había un álbum de fotografías antiguas, y a menudo se entretenían hojeándolo. En esas fotografías, su madre los sostenía en el regazo, se sentaba junto a ellos en la alfombra, risueña y sonriente. ¿Cuándo había sido eso, cuándo? No lograban acordarse. Al escrutar su corto pasado, no hallaban más que reproches y castigos. Cuando ella les reñía, decía quejosamente: «Vais a ponerme enferma, estoy harta de vosotros»; y sus manos eran flacas y fuertes, y hacían mucho daño.

A veces se preguntaban si había en el mundo otros niños que no quisieran a su madre. Buscaban entre los amigos, entre los personajes de los libros, para concluir que eran los únicos. Probaron a inventar una mamá nueva, y la quisieron gorda y rubia, como la de sus amigos los pequeños Oppenheim. Gorda, vestida con tonos claros, que supiese preparar pasteles, contar cuentos y cantar la canción de «La cornacchia del Canadà»; y que por la noche fuera a arroparlos a la cama. Les habría encantado una mamá así. Su vida era la vida acelerada y difícil de los niños que van a la escuela, y que tanto se parece a la de los mayores. Por la mañana se levantaban temprano, se lavaban con agua fría y bebían una taza de chocolate líquido y amargo. Emilia, que llevaba trenzas y no sabía peinarse sola, tenía que ir a la habitación de su

madre a que le desenredara el pelo con un peine de púas finas. La escuela estaba lejos, pero no les dejaban ir en tranvía. Si sacaban un diez, su madre les daba cincuenta céntimos, que debían meter en la hucha y con los que luego se compraban lápices y cuadernos. «No quiero que desde pequeños se acostumbren a malgastar el dinero en golosinas, ¿tengo razón o no?», decía su madre. Y el padre siempre se la daba.

Los niños apenas notaban la presencia de su padre: siempre estaba de viaje de negocios, y entre un viaje y otro se olvidaba de a qué curso iban. Los acariciaba bostezando, y así se dieron cuenta de que tenía cuatro dientes de oro. Les habría gustado ir por ahí con él, a comer merengues o al cine, pero a él no le gustaba salir: deambulaba por casa con sus zapatillas afelpadas, se metía en la cocina a hablar con la cocinera, levantaba la tapa de todas las cacerolas y daba consejos. Muy pronto advirtieron que también temía a mamá: él, tan grande, con aquellas manos peludas; él, que parecía rugir cuando tosía, también temía a mamá.

Cenaron en albornoz porque era sábado, y todos los sábados a las siete se bañaban. Papá estaba en Londres, aquel mismo día había enviado una postal con tres gatos en una cesta. Cenaban en silencio: la sopa verde estaba demasiado salada, y Giorgio se disponía a decirlo, cuando Emilia le dio un codazo para que estuviera callado. Su madre habría empezado a gritar a la cocinera, y luego también a ellos, que eran tan remilgados, en cambio ella, de pequeña...

Esa noche su madre llevaba un curioso vestido de un tono rojo vino, que no le conocían, y se había pintado los labios. Después de cenar llegó el tío Bindi a tomar café.

El tío Bindi era un hermano de su padre, más joven: no tenía esposa, solo un coche pequeño rojo, del que decía que era su mujer. Sobre todo le

gustaban las cosas divertidas, y el cine y los perros. Era alto y delgado, vestía un traje de franela gris y ni siquiera en invierno llevaba chaleco.

—Señora, le beso la mano — dijo inclinándose ante mamá —. Señorita, le beso la manita — dijo inclinándose ante Emilia.

Se sentó a la mesa y se acabó las alcachofas que Giorgio se había dejado, y quitaba los rabos de las cerezas del frutero para que vieran cómo sabía anudarlos con la lengua. Su madre reía a carcajadas. Nadie la hacía reír como el tío Bindi.

—Ah, querida, el color de tu vestido me recuerda una corbata que tuve..., una corbata... He dejado plantada a mi amiguita para venir a verte. Es verdad, mi amiguita, guapa por cierto, pero nada es comparable a una velada contigo. Eres un ángel por haberme llamado. Y ahora vamos a la terraza, espero que me des a probar vuestro cherry-brandy. Giorgio, cariño, ¿tú también quieres un sorbito de licor?

—Vamos, rápido a la cama — dijo la madre —, y no os durmáis con la luz encendida.

Dormían juntos, en una habitación al fondo del pasillo: el lavabo estaba oculto detrás de un biombo, en cuyo cielo verde pálido se perseguían golondrinas y cigüeñas.

—Emilia, ¿me ayudas a desatarme los zapatos? — suplicó Giorgio.

Emilia salió de detrás del biombo en combinación y se sentó a su lado.

—¡Siempre haces nudos y luego no sabes deshacerlos! Ya está. Y ahora desabróchame tú el último botón de la espalda, que no llego.

La ventana se abría al jardín, los niños se asomaron. Abajo, iluminada por la luna, la hierba estaba constelada de margaritas, el magnolio tenía dos grandes flores blancas. El niño desnudo en la fuente mostraba al cielo su culito de piedra.

—Allí, entre aquellos dos plátanos, sería estupendo poner un columpio —

dijo Emilia —, los Oppenheim tienen uno, ¿te acuerdas? Me gustaría que vinieran un día a jugar a nuestro jardín.

—Tenemos que invitarlos, Emilia, tenemos que invitarlos, y luego jugar a cubrirnos con hiedra la cabeza, como aquella vez en su casa, ¿te acuerdas? Hemos de decirle a mamá que llame para invitarlos.

—Pero si no querrá llamarlos, ya lo sabes, o bien les dará para merendar solo café con leche y pan con mantequilla, y a ellos no les gusta el café con leche.

Se desnudaron y apagaron la luz; se tumbaron en sus camitas separadas — los separaron después de que Emilia tomara la primera comunión — y juntaron las manos para rezar la breve oración diaria.

—Emilia, no tengo sueño, no puedo dormir; nos han mandado a la cama más temprano que de costumbre.

—Y el tío Bindi se aburrirá solo con ella, tal vez le gustaría que estuviésemos levantados.

—Emilia, Emilia, ¿y si saliésemos a la terraza a despedirle? Se reiría y se pondría contento, y mamá no se atrevería a reñirnos.

—¡Estás loco! Cierra los ojos y duérmete.

—Emilia, solo un momento; me gustaría despedirme del tío Bindi y decirle una cosa que se me ha olvidado. Tengo que contarle que esta mañana en la escuela me han dado la medalla, es muy importante que se lo diga.

—Mamá nos reñirá.

—No, no nos reñirá, está tan contenta cuando viene el tío... ¿Te acuerdas de aquel día, en Navidad, cuando se te cayó un vaso y no te dijo nada? Cómo se va a reír el tío si nos ve llegar en pijama...

Descalzos, a trompicones, recorrieron el pasillo oscuro; la luz de la cocina también estaba apagada, las mujeres ya se habían ido al piso de arriba. Presas de una risa contagiosa, los niños se detuvieron delante de la cortina de

terciopelo que separaba el pasillo del recibidor. La luz del recibidor estaba encendida.

—¿De verdad quieres irte ya, Bindi? — dijo la voz de su madre.

—Sí, tengo que irme. Adiós, preciosa.

Los niños abrieron un poco la cortina, miraron sin ser vistos.

«Ahora salgo y digo «¡Bu!»», pensó Giorgio rápidamente.

El tío Bindi se estaba poniendo el impermeable; luego se anudó al cuello una bufanda a cuadros.

—Salgo y digo «¡Bu!»... Emilia, salgo y digo «¡Bu!» — susurró Giorgio, pero su hermana lo retuvo:

—Espera.

—Adiós, preciosa — repitió el tío Bindi.

Mamá estaba frente a él. De pronto él la agarró por las muñecas y la atrajo hacia sí, riendo. Los niños vieron que la besaba, que le acariciaba los brazos: sus manos, sobre los delgados brazos maternos, parecían monstruosamente grandes y rojas.

—Un besito... Otro besito, vamos, ¿qué hay de malo?

Su madre se había abandonado sobre su pecho, pálida, y oían su respiración jadeante.

—No, Bindi, no — suplicaba —, ahora vete, vete.

El tío se apartó de ella y abrió la puerta.

—Está bien, adiós. — Sonrió agitando el sombrero. Lo oyeron bajar la escalera corriendo, oyeron sus pasos presurosos en la gravilla del jardín. Su madre cerró la puerta, se pasó una mano por la frente. Estaba pálida y con el vestido arrugado.

—Mamá — llamó Giorgio, en voz baja.

Ella se sobresaltó, estremecida.

—Mamá. — Dos fantasmas blancos se abalanzaron sobre ella.

—¡Oh, Dios mío, niños, niños! — La boca se le contrajo —. A la cama, a la cama inmediatamente — dijo con voz apagada. Los empujó por el pasillo. Se encerró con ellos en su habitación —. A la cama enseguida, ¿entendido? — Recogió la ropa que al desnudarse habían dejado en el suelo: la dobló y la colocó en una silla —. De verdad, ya estoy harta de vosotros. Es demasiado, no os quiero más en casa. Al internado, al internado: si os portáis así no hay otra solución que el internado; se lo diré a papá en cuanto vuelva. He sido demasiado buena, pero ya está bien, me habéis hartado, no quiero saber nada más de vosotros.

Los niños la miraban desconcertados, nunca la habían visto así: se atropellaba con las palabras, le temblaban los labios, se golpeaba el pecho con los puños.

—Esto es demasiado, demasiado. Me tenéis harta. Un castigo...

Apagó la luz y se acercó a la ventana; los niños se acurrucaron bajo las mantas, en silencio. Por el cuadrado de la ventana miraban el cielo oscuro recortado por la vegetación. Y todo les pareció nuevo, en aquella habitación iluminada por la luna: las golondrinas y las cigüeñas en el biombo, y la ropa doblada sobre la silla. Rompió el silencio un sollozo ronco: su madre lloraba, apoyada contra el alféizar de la ventana. Entonces la llamaron en voz baja:

—Mamá.

—Dios mío, niños, niños. — Dejándose caer en la cama de Giorgio, hundió el rostro en la almohada —. Sois pequeños y no podéis entender... Sois pequeños y no podéis entender. Yo... ha sido una broma. Emilia, niños, os digo que ha sido una broma. Pero no hay que contárselo a nadie. Ni a papá, ni a la abuela, ni a vuestros amigos de la escuela. Y tampoco hablarlo con el tío... con el tío Bindi. No habléis con nadie de esta noche. ¿Puedo confiar en vosotros? Sois mayores y sabéis guardar un secreto. Dadme vuestra palabra de honor. El tío Bindi, menudo bromista, ¡ya lo conocéis! Lo

ha hecho de broma, y yo lo sabía. — Trató de sonreír, pero la sonrisa acabó en una mueca —. Venid aquí, a mi lado, los dos, mis queridos niños. Venid aquí, a mi lado, los dos. Solo os tengo a vosotros, no tengo a nadie más en el mundo. No iréis al internado, quiero que estéis conmigo. Mañana... mañana, vacaciones, estaremos juntos, ya veréis. Será estupendo... Pero no digáis nada a nadie. — Los estrecha contra sí, calentando con las manos sus pies desnudos.

—Mamá, mamá. — Y no saben decir nada más.

Emilia le acaricia la mejilla con un dedo, tímidamente.

—¡Emilia, mi niña preciosa!

Ahora pueden besarla, besarla hasta cansarse. Y cubren de besos su rostro ardiente, bañado en lágrimas saladas, y el cuello tibio que sabe a polvos de tocador. Le tocan el vestido, el cabello, el broche con el escarabajo por el que sentían tanta curiosidad y que nunca habían osado tocar.



Los niños (2016)

—Mamá. — Y no saben que más decir.

—¡Mis niños, mis queridos niños! Ahora a la cama y a dormir, debe de ser muy tarde. — En el umbral se vuelve de nuevo —: ¡Ha sido una broma!

Se quedaron solos.

—Emilia, el señor Bonaventura se parece al tío Bindi, ¿no crees? — No era cierto, pero tenía ganas de hablar del tío.

—No lo sé, no recuerdo cómo era el señor Bonaventura, déjame en paz, tengo sueño.

Cerraron los ojos. Mañana... El buen Dios les reservaba un día estupendo, lleno de cosas nuevas, maravillosas. Por la mañana iría a despertarlos mamá, y los ayudaría a lavarse, los enjabonaría con su pastilla de jabón perfumada, como cuando habían tenido el sarampión. Tal vez les permitiría ponerse el traje de marino blanco. Por la tarde saldrían los tres juntos, del brazo, e irían ¿quién sabe dónde? ¿Al cine, quizá? Su madre ahora no era como antes, los besaba y decía: «Mis queridos niños», y ellos también podían besarla, y sentarse en sus rodillas. Y tal vez incluso un día les daría permiso para invitar a los Oppenheim. Encargaría al pastelero una tarta de nata, con frutas escarchadas, y muchas más cosas; haría que prepararan la mesa grande en el jardín, y ese día haría muy buen tiempo.

¡Cómo se divertirían! Luego, un día, mamá los llamaría y les diría: «Os habéis portado muy bien al mantener la promesa, veo que sois unos niños muy buenos y quiero daros un premio. A ti, Giorgio, te he comprado esta bicicleta, y a Emilia, el relojito de oro. ¿Veis?...». Se durmieron con el corazón henchido de felicidad.

Giulietta

Había tenido que esperar un buen rato, en el porche de la estación. Dos mozos de cuerda vestidos con un blusón azul comían manzanas a su lado: el corazón de una fruta cayó a sus pies, vio cómo se ennegrecía y cómo un pájaro acudía volando a cogerlo. «Oh, Dios mío —se lamentaba en silencio—, cómo voy a explicárselo al muchacho..., explicarle lo de Giulietta. Enseguida, antes de llegar a casa, le diré: “Ferruccio, hablemos de hombre a hombre. Mira, era triste para mí vivir, solo... ¿Casarme? No, no se trata de eso...”» Hacía un año que Giulietta vivía en su casa, pero no se lo había dicho a nadie de su familia, ni en las cartas ni en las breves visitas al pueblo. Divisó a su hermano de lejos, entre la gente que llegaba. «Todavía lleva luto», pensó, mirando con remordimientos sus propios zapatos amarillos.

—Ferruccio querido, ¿qué tal todo? — le dijo, besándolo en la mejilla.

Ferruccio se colgó de su brazo, alegre. En el tranvía, durante el largo trayecto — pues Aldo vivía en un barrio de las afueras —, no estuvo callado ni un momento.

—¡Qué alegría, qué contento estoy de poder hacer el bachillerato! Me ha costado convencer a mamá. «Tú solo en la ciudad», decía, «si hubiera algún instituto aquí...» «Pero si en la ciudad vive Aldo», le decía yo. «Aldo estudió, ¿por qué no puedo ser médico yo también?» Ganas mucho dinero, ¿no? ¡Vas tan bien vestido! Yo quería quitarme ya el luto, pero mamá no me ha dejado. Todavía llora cuando habla del pobre papá. He comprado pastillas de goma, toma, ¿quieres? — Sacó del bolsillo una bolsa —. Las azules no

están mal, pero a ti te gusta la menta, ¿no? ¡Ah, qué alegría ir por fin al instituto! Habrá que aplicarse un poquito, al principio, aunque solo sea para situarse. Este año estudiaremos el Infierno, ¿verdad?

—Seguro, Dante, el Infierno — repetía Aldo, distraído —, el Infierno...

«Dios mío, es un niño, ¿cómo voy a explicarle...? Hacía tanto que no lo veía, creía que había crecido... “Ferruccio, hablemos de hombre a hombre...” Es ridículo, si no me llega ni al hombro...» Las pastillas le habían dejado un desagradable saborcillo dulzón. «Y luego hablan de los vínculos familiares. ¿Qué tenemos en común, este muchachito de calcetines negros y yo? ¡Patrañas!»

Mientras subían la escalera de casa, Aldo dijo:

—Ferruccio, no creas que mi casa es muy bonita. Son cuatro habitaciones, un apartamentito amueblado. Gano poco. Ya hemos llegado, no llames, llevo llaves. — Lo hizo pasar al recibidor y dejar la maleta —. Ahora ven, que te enseñe tu habitación. Es esta, no es grande, pero es cómoda, y desde la ventana se ven las montañas.

Ferruccio se asomó a la ventana: abajo se extendía un prado, de hierba rala, seca y árida; muchos niños jugaban en torno a un montón de piedras; las mujeres, sentadas en grupo en el suelo, cosían, alguna se había quitado los zapatos; más lejos, una casa en construcción, con los balcones pintados de rojo, y un campo de petanca.

—El domingo podré jugar a la petanca — dijo Ferruccio muy contento —, me encanta jugar a la petanca.

En la habitación contigua se oía una máquina de coser.

—¿Quién hay en esa habitación? ¿La criada? — preguntó Ferruccio.

Y entonces Aldo llamó: «Giulietta, Giulietta», con voz fuerte y naturalidad. La máquina se detuvo, y Giulietta se asomó por la puerta: llevaba

un vestido de grandes flores verdes y amarillas, de esa tela que sirve para cubrir las butacas.

—Buenos días — le dijo a Ferruccio, sacudiéndose unos hilvanes de la falda —. Espero que haya tenido un buen viaje. Aldo, ¿a qué esperas para presentarme? Su hermano siempre está en las nubes.

Aldo estaba de pie en medio de la habitación: las manos le ardían y le pesaban, no sabía qué hacer con ellas.

—Perdonad, se me había olvidado... La señorita Giulietta Fanti... Mi hermano, Ferruccio.

—Tanto gusto, tanto gusto. — Ferruccio parecía un poco sorprendido —. Señorita, si me permite, no sé si puedo... ¿Pastillas de goma? Las azules me parecen las mejores.

—Gracias, muy amable, pero no sé si... ¿Una de estas azules? ¿Y también una de naranja? Gracias, muy amable. ¿Le ayudo a deshacer la maleta?

Giulietta iba a saltitos entre los muebles; meneaba el trasero y los pechos, y los rizos que se le desparramaban por la nuca. Tenía el rostro sudoroso enrojecido de entusiasmo.

—¡Así que estudiante de bachillerato! A mí también me habría gustado estudiar, pero las circunstancias... Ya sabe, ¡si uno no es rico...! Y me habría ido muy bien, en cuarto de primaria incluso me dieron un premio.

Aldo fue al recibidor, descolgó el sombrero del perchero.

—Bajo un momento a comprar cigarrillos — dijo al salir.

«Al fin y al cabo soy un hombre libre —pensaba sin convicción, de camino al estanco— y en mi casa hago lo que me da la gana. Ferruccio que piense lo que quiera, que escriba lo que quiera a mamá: “Aldo vive con una...”. Y que mamá venga a llevárselo, si quiere, y que se vayan al diablo.»

Estuvo tentado de no regresar a casa, de deambular sin rumbo por la ciudad oscura, de seguir a una mujer cualquiera por una calle cualquiera:

largarse y dejarlos plantados, a Ferruccio y Giulietta, que se las apañasen. Al regresar los encontró sentados a la mesa a punto de cenar, en el pequeño comedor.

—Tu hermano y yo — exclamó Giulietta — coincidimos en muchas cosas, tenemos los mismos gustos, a él también le gusta la salsa picante.

La criada, una muchacha atontada, iba y venía de la cocina. Durante la cena Aldo no dijo ni una palabra y se zampó todo el pan que había, bajo la mirada reprobadora de Giulietta.

—Yo — explicaba Ferruccio — una noche en el pueblo me emborraché. Decía: “¡Amigos, soy el rey de la tierra, soy el rey de la tierra!”. ¡Qué follón! Pero fue divertido.

En su maleta había nueces, y unos tarros de conserva y de miel. Giulietta pidió permiso para abrir uno enseguida.

—Gracias, gracias, debe de estar delicioso. Si estuviese mi mamaíta, verdad, Aldo?, qué contenta se pondría. Tiene setenta y dos años y solo un diente, verdad, Aldo? Pero ¡qué glotona!

—Las nueces son de nuestro árbol — explicó Ferruccio —, ¿te acuerdas Aldo?, el que crece delante de la casa. ¡Si viera, señorita Giulietta, cuánta fruta hay en nuestra huerta! Albaricoques y ciruelas tan grandes como mi cabeza. ¿Y las peras? ¡Qué decir de las peras!

—Qué bonito debe de ser el campo — suspiró Giulietta —, nunca he estado.

—¿De verdad que nunca ha estado en el campo? — Ferruccio vibraba de simpatía —. Pues un domingo tenemos que llevarla con nosotros al pueblo, ¿verdad, Aldo? A mamá le encantará conocerla.

—Oh, qué amable, gracias. Me gustaría mucho, de verdad, conocer a su señora mamá.

Aldo se levantó de la mesa bruscamente y arrojó la servilleta al suelo; salió

al balcón. «Esto no se aguanta —murmuraba para sí—, no se aguanta.» Sentía que se ahogaba de tristeza y ruindad. «Y lo bueno es que el intruso soy yo; ellos hablan como si fueran viejos amigos. Y coinciden en los gustos, a ambos les gusta la salsa picante.»

Regresó para tomar el café, y Giulietta fue a sentarse en sus rodillas.

—Aldo, malo, más que malo — dijo mimosa, alborotándole el mechón de la frente —, ¿sabes que tengo las piernas llenas de moratones? Por la noche no paras de darme patadas.

Ferruccio estaba ya en la cama y a punto de dormirse, cuando Aldo entró en la habitación.

—Quería darte las buenas noches, querido Ferruccio. Y decirte que estoy contento de que estés aquí, en mi casa. — Sentado al borde de la cama, le acariciaba el cabello —. También quería pedirte que..., si escribes a mamá, no hace falta que le hables de... de la señorita Giulietta. Trata de comprenderme, querido. Es una buena chica y se ocupa del apartamento, de la ropa de casa. Me quiere. Está sola en el mundo; solamente tiene a su madre, una vieja bruja que está en el asilo: todos los sábados va a verla. Me ha hecho compañía cuando estaba solo... Y como te digo, es una buena chica.

—Entiendo. Y dime — Ferruccio le guiñó un ojo con picardía —, ¿duerme contigo? Qué suerte, es guapa. Muy bien, muy bien, te envidio. Yo también, ¿sabes? Una noche un amigo mío quería que fuera con una mujer..., él ya la conocía. Pero luego empezó a llover y nos quedamos en casa, jugando a las cartas.



Buscando calcetines (1978)

—Me gusta tu hermano — decía Giulietta mientras se desnudaba.

Aldo la observaba con hostilidad. Cuando se tendió a su lado, le dijo:

—Te ruego que no digas más tonterías, como el cuento ese de las patadas. Sabes que no es verdad, ¿cuándo te he dado yo patadas? ¡Estúpida! Y delante de Ferruccio...

—Pero bueno, tu Ferruccio ya no es un niño, y ya es hora de que sepa ciertas cosas.

—Sí, sí, pero no es asunto tuyo. Ya me encargo yo..., hay tiempo. No es asunto tuyo.

Se callaron. Aldo yacía inmóvil, mirando el techo. «A fin de cuentas, nos vendrá bien tener aquí a Ferruccio, de casa mandarán más dinero.» Recordó que llevaba un pijama horrible de rayas rojas y moradas que Giulietta había elegido para él en el mercado. Se volvió para mirarla, a Giulietta, y descubrió en su rostro una curiosa semejanza con la mamaíta, la bruja del asilo.

— ¿Estás enfadado conmigo? — dijo una voz somnolienta, y él apagó la luz.

Traición

Eran las cuatro de la tarde y el sol pegaba con fuerza. Desde la ventana abierta veía el jardín, el camino pedregoso surcado por los carros, las villas blancas que bordeaban la pendiente. Su madre cruzó el jardín, abrió la verja, lo saludó agitando la sombrilla. Luego se perdió entre los árboles, con su sombrilla lila y la bolsa de paja, donde guardaba la labor. Y luego pasó Gisella, en bicicleta, con un pañuelo rojo al cuello. Lo llamó, le hizo una mueca, rió y se alejó.

«¡Gisella! ¡Gisella!» Se asomó al balcón frotándose los ojos soñolientos. Pero en la calle ya no había nadie. Gisella, curiosa chica, un poco difícil de entender. Regresó a la habitación, cerró las persianas y se tumbó en la cama, y tal vez se habría dormido si no le hubiese llamado Diego.

—Una señorita pregunta por usted; la he hecho pasar al estudio —. Y luego, bajando la voz —: Se trata de la hermana pequeña..., la hermana pequeña, ya sabe.

—¿Qué hermana pequeña? ¡Yo no sé nada!

En el estudio lo esperaba Carlottina, sentada en el sofá con las manos en el regazo.

—¿Tú? No lo entiendo... ¡Estás loca! ¡Te has vuelto loca! Por suerte mi madre no está en casa, pero cómo demonios...

—¡Déjame hablar! Pensaba llamar a Diego y que te avisara él. Pero por la calle he visto a tu madre, una señora con una sombrilla lila. La he reconocido, recordaba haberla visto contigo. Y he pensado que podía subir. No ha pasado

nada. Solo que Angela está tan nerviosa... Hace diez días que no vienes a casa. «Ve a ver a Enzo», me dice, «ve a ver a Enzo y que venga aquí enseguida. He de hablarle de una cosa muy importante.» Tiene los ojos y los labios hinchados de tanto llorar. Se pasa el día llorando y no me deja estudiar. Y yo tengo que examinarme de francés en octubre.

Suspiró. Era una niña de catorce años, gorda, con unas robustas piernas desnudas. Su pelo liso, peinado hacia atrás, dejaba al descubierto dos orejas pequeñas, gruesas. Llevaba una chaqueta de paño rojo y una falda blanca muy arrugada.

—Pero es que ahora estoy aquí, en la casa de campo, y la ciudad no queda cerca.

—Oh, el año pasado también estabas aquí y sin embargo te las arreglabas para venir a ver a Angela todos los días. ¡En coche se llega en un momento! Vamos, ponte la chaqueta y ven conmigo.

—Pero, niña, yo... Ni lo sueñes.

—Tienes que venir, tienes que venir. Si me ve volver sola, mi hermana se enfadará conmigo. Y no querrás que regrese sola, a oscuras. He venido andando, una parte en tranvía y la otra a pie, y un viejo me seguía, me llamaba y reía, y yo tenía miedo. Por fin, he visto a Diego de lejos, su chaqueta de rayas, y me he acercado a él. Escribe una nota a tu madre, déjala sobre aquel escritorio. Di que tienes un asunto en la ciudad, un asunto urgente, importante. ¡Lo has hecho muchas veces! Toma la pluma, date prisa.

Enzo tomó la pluma de mala gana: «Querida mamá, tengo que resolver un asunto en la ciudad, un asunto urgente, importante», escribió al azar en un papel. ¡Tonterías! La cosa estaba clara, y su madre no se lo creería. Pero le daba igual.

El automóvil corría por la campiña desierta, entre los castaños de hojas polvorientas. Enzo conducía, la niña iba sentada a su lado.

—¿Estás muy enfadado?

Se volvió hacia ella sonriendo.

—La verdad es que no tenía ningunas ganas de ir a la ciudad. Estoy de mal humor. Temo que voy a pelearme con Angela.

—No la hagas llorar, ha llorado ya tanto... Si vas a pelearte con ella es mejor que te vuelvas.

—¡Que no, era una broma, era una broma! — Soltó una mano del volante, le acarició la cabeza —. Eres una buena chica.

—Estoy contenta de que vengas conmigo. Han puesto un papel nuevo en la habitación de Angela, ya verás. Un papagayo y una coronita de flores, un papagayo y una coronita de flores. Además hemos colgado las cortinas, Angela se subió a la escalera. Para un momento, que tengo sed: allí hay una fuente.

Bajaron para beber, se enjuagaron la cara y las manos.

—Descansemos un poco en aquel prado — dijo Enzo —, que me canso de conducir. No es tarde, dentro de poco llegaremos a la ciudad.

Se tumbaron en la hierba. La niña se quitó la chaqueta, la enrolló y Enzo apoyó en ella la cabeza. Los pájaros se perseguían chillando por el cielo.

—Vamos, Carlottina, ¿no me dices nada? Cuéntame algo bonito.

—No sé... ¿Qué puedo contarte que sea bonito? Lo bonito que es tu pelo rizado. Me gustaría tener el cabello rizado. En cambio, ¡mira yo! Nunca sé cómo peinarme. ¿Estás contento? Una amiga mía me dijo: «Tu hermana tiene un novio muy guapo». No es exactamente una amiga, va al colegio conmigo, a las monjas. Dice que su hermana no tiene novio. No me extraña, es fea, ¡si la vieras!

—Y tú, ¿tienes novio, Carlottina?

—¿Yo? ¿Me tomas el pelo? Cuando sea mayor.

—Claro. ¿Y quién será el elegido? Veamos cuáles son tus gustos, oigamos

los gustos de Carlottina.

—Oh..., no sé. Antes me gustaba... — Rió, ruborizándose —. Antes te quería a ti.

—¿De verdad? ¿Estabas enamorada de mí?

—Sí. — Apretaba en el puño un pañuelo húmedo de sudor, abría los dedos y lo miraba —. Sí.

—Fíjate, y yo sin enterarme: ¡qué contento estoy!

«Esta niña me gusta, me divierte —pensaba—. Qué extraño, hace dos años que la tengo delante y no me había dado cuenta..., me gusta.»

—Vamos Carlottina, cuéntame un poco cómo fue. Ha pasado mucho tiempo. ¿Era bonito?

—No mucho..., no ha pasado tanto tiempo. A veces era bonito, pero no siempre. Cuando Angela me decía: «Quédate en casa a hacer los deberes» y se iba a pasear contigo no era bonito. Yo llevaba la mecedora al balcón y me ponía a pensar... ¡Ya basta de hablar! Vámonos.

—Carlottina, contigo se me pasa el mal humor. Estoy contento. Gracias. — Le estrechó la cara entre las manos y se miró en sus ojos, riendo. La ayudó a levantarse, le sacudió la falda manchada de verdor. Subieron al coche y él siguió conduciendo.

«Esta niña —pensaba él—, algo puro, fresco..., verla crecer, convertirla en mujer o enseñarle a ponerse guapa, a hacer el amor. Tal vez cuando ella sea mayor... Cuando todo haya acabado con Angela.»

Unos minutos después llegaron a la ciudad.

Las dos hermanas vivían en una casa nueva, de un blanco tiza, con un gran patio rectangular; en la escalera todavía se veían manchas de pintura, en la esquina las escupideras estaban llenas de serrín. Angela los había visto llegar

desde el balcón, los esperaba en el rellano. No llevaba medias, vestía un viejo traje negro de gasa, con una rosa blanca en el hombro.

—Ve a cambiarte enseguida y ponte a estudiar — le dijo a Carlottina—. Y tú, Enzo, contigo quería hablar, ven a mi habitación. Te he mandado llamar — empezó cuando estuvieron solos, sentándose sobre la cama — para decirte que si no quieres saber nada más de mí, te dejo libre. Vete, vete. Te has divertido conmigo mientras te convenía. Ibas y venías como Pedro por su casa. Cuando te quedabas a dormir, era mi hermana la que, por la mañana, te limpiaba los zapatos. ¿Y yo? ¿Es que no he perdido la salud por ti? Mira en qué estado me encuentro. ¿Y acaso no te quiero todavía como el primer día? Estoy loca por ti como una idiota. — Se echó sobre la cama, sollozando.

—Vamos Angela, no hagas eso, tranquila. Vamos, no llores más. He venido, ¿no? — Se acercó a ella y la acarició.

Ella le buscó la mano.

—Qué malo eres, cariño... — dijo suspirando —. Vas con las otras, haces la corte a las señoritas, allá en la villa, pero luego sé que vuelves con tu Angela..., querido...

Enzo se quitó la chaqueta y los zapatos sin desatarlos; con un hondo suspiro, se echó en la cama.

Las horas pasaban. Estuvo siguiendo con la mirada el dibujo del papel hasta el techo: un papagayo y una coronita de flores, un papagayo y una coronita de flores. Sobre la mesa había una fotografía: la madre de Angela, que había muerto cuatro años antes. De cara gorda, arrugada. «Nuestra madre, Enzo, era distinta de la tuya — decía Carlottina—. Ten en cuenta que nunca había ido al cine. Decía que eso eran tonterías. En invierno le salían sabañones y yo cogía un pincel y le teñía de yodo los pies y las manos. Siempre estaba alegre, le gustaba cantar. Ella era la que marcaba la pauta. Le gustaba mucho marcar la pauta.»

Aquella noche Enzo y Angela no aparecieron para la cena. Tras haberlos esperado inútilmente, Carlottina cenó sola: trasladó la mesa junto a la ventana para mirar la calle y vertió la salsa sobre la tortilla mientras intercambiaba gestos amistosos con los chiquillos del balcón de enfrente.

Enzo se despierta antes de medianoche. Salta de la cama: atraviesa el pasillo a oscuras, busca a tientas la puerta de la cocina.

—En ayunas, por su culpa estoy en ayunas — decía bostezando mientras rebuscaba en el aparador —. Se le ha olvidado la hora de la cena, pero yo no, a mí no se me ha olvidado.

Puso en un plato un pedazo de carne fría, un huevo duro y unas cerezas. Mientras comía, los ojos se posaron en un calendario colgado de un clavo en la pared. En la portada, una chica con los hombros desnudos y los dientes separados.

«Si tuviese una mujer así..., con una mujer así no me aburriría. Entonces sí se me olvidaría comer.»

«25 de junio», marca el calendario. ¿El 25 de junio? Había algo ese día..., pero ¿qué era?, ¿qué era? Se da un golpe en la frente: ¡el baile! Eso es, el baile de la señora Giordano, aquella amiga de su madre de la villa de al lado. Gisella también prometió que iría. Gisella, ¡cuánto hace que no están juntos! ¡Ay, como ha podido olvidarse del baile!

—No puedo faltar a ese compromiso, mamá se enfadaría. Pero Angela..., tengo que irme sin despertarla. El problema es que las llaves del portal...

No tenía las llaves: las había perdido meses antes. «No importa — le había dicho a Angela—, nunca vendré a verte en plena noche.» ¡Idiota! Quien tiene un amante, ¿cómo puede estar sin las llaves de su casa? ¿Y cómo conseguirlas ahora? No podía despertar a Angela, no, corría el riesgo de que le armara otro follón.

Entró en la habitación de Carlottina, encendió la luz.

—¡Carlottina! Las llaves del portal. Las llaves.

La niña se sentó en la cama, frotándose los ojos.

—¿Qué quieres?

—Carlottina, despierta, enseguida te lo explico. He visto el calendario, es veinticinco de junio, me había olvidado. ¡El baile! Un baile en casa de la señora Giordano, la amiga de mi madre. ¿Cómo iba a acordarme? Un baile elegante, ya sabes, al aire libre, en el jardín. Tienen un jardín grande, como treinta veces esta habitación. ¿Te haces cargo? ¡Un baile al aire libre! No puedo faltar, Carlottina querida, de verdad que no puedo. Y no tengo las llaves del portal: ya sabes que las perdí, y no quiero despertar a Angela. Busca las llaves, cariño. Seguro que sabes dónde están. Pero por favor, no despiertes a Angela...

—¿Quieres marcharte?

—Tengo que irme, querida Carlottina, tengo que irme. Mira, haré lo posible por estar de vuelta mañana, antes de mediodía. Carlottina, Carlottina, ¿sabes qué? Te vienes al baile conmigo. Te pones un vestido de noche, ¿tienes alguno bonito? Y vamos al baile de la señora Giordano. Te hago pasar por... la hermana de un amigo mío. Me invento un apellido cualquiera... Será un juego, una comedia. Nos divertiremos. Y mañana por la mañana, antes de que Angela se despierte, te traigo de nuevo a casa. Carlottina, un baile al aire libre, nunca has asistido a un baile al aire libre... Farolillos de colores colgados de los árboles. Y refrescos. Vamos, las llaves, busca las llaves.

—Oh, Enzo, yo..., sí, sé dónde están escondidas. — Saltó de la cama, llevaba un camisón escotado, corto y ancho. Se ciñó la bata, se calzó unos zapatos de lona que usaba como zapatillas —. ¿Farolillos de colores? Oh, me gustan mucho los farolillos de colores. La noche de la fiesta de la Consolata

colgamos cuatro en la ventana, dos amarillos, uno rojo y uno azul; por desgracia, el azul ardió.

—Sí, querida, pero vamos, busca las llaves.

La niña se fue y a los pocos minutos regresó con el mazo de llaves, apretadas en el puño para que no tintinearan.

—Mira. Estaban en su bolso marrón. Oh, Enzo, ha movido un brazo, qué miedo he tenido de que se despertase. Vamos, toma las llaves. ¿Me visto? Tengo un vestido azul celeste del año pasado, no me estará corto, ¿verdad?

—No lo sé..., sí, tal vez te quede un poco corto.

—Pero si casi no he crecido. Será maravilloso. Bailaré contigo, habrá muchas señoras... ¿Tu madre también? ¿Qué dirá tu madre? Me entra la risa... Ahora ve al recibidor y espérame. Me visto en un segundo. — Y lo empujó fuera de la habitación.

Él se sentó en el recibidor, se ató los cordones de los zapatos, se abrochó la chaqueta.

«Qué locura — dijo para sí —, ¿adónde voy con esta niña? ¿Tengo que llevármela al baile con el vestido celeste del año pasado? ¿A un baile donde estará mamá? Qué idiota he sido al proponérselo. De todas formas me habría dado las llaves.»

—Enzo — susurró Carlottina a través de la puerta —, en dos minutos estoy lista, ya me he puesto las medias.

«Qué hago con ella — proseguía él —, qué idiota he sido, qué idiota...»

Se metió las llaves en el bolsillo de los pantalones. A hurtadillas, sin encender la luz, cerró la puerta que daba al rellano; salió con sigilo. Se precipitó escaleras abajo, abrió el portal y lo cerró de nuevo, despacio, subió al coche y arrancó. Se dirigió al campo a toda velocidad.

«Cobarde. Estoy huyendo como alma que lleva el diablo. Meterse adrede en semejante berenjenal, no se puede ser más tonto... Pobre Carlottina, la he

engañado, jamás me lo perdonaré. Estará llorando, sí, seguro que se ha puesto a llorar. Enamorada de mí... Cuando me quedo a dormir en su casa, siempre me limpia los zapatos ella. Llevarla al baile, bailar con ella toda la noche, hacerla vivir una hora feliz. Una buena acción. Habría sido una buena acción. Pero por lo visto no sé hacerlo. Ahora doy la vuelta y regreso a buscarla. — Avanza por la carretera oscura, desierta —. ¿Vuelvo atrás? No, aquí la carretera es estrecha para cambiar de sentido... Más adelante.»

Avanza en la noche, bajo el cielo estrellado. Y ve su casa, con la farola al lado, a lo lejos.

«La consolaré, le diré que se hacía tarde, que no pude. Le haré un regalito. Un muñeco de porcelana, una baratija, bobadas de niña. Mamá conoce una tienda donde venden cosas graciosas muy baratas... Paso por casa, me pongo el esmoquin y voy. ¿Se alegrará Gisella de verme? Ha pasado bajo mi ventana, pero no se ha detenido. Quizá tenía mucha prisa. Me ha mandado un saludo. A lo mejor, no le caigo tan mal...»

La casa junto al mar

Hacía muchos años que no veía a mi amigo Walter. A veces me escribía, pero sus cartas infantiles y mal redactadas no decían nada. Me sorprendió la noticia de que se había casado. Cuando lo frecuentaba, no mostraba interés por ninguna de las mujeres a quienes entonces tratábamos. Su peculiar belleza seducía a muchas de ellas, pero Walter las despreciaba y se burlaba con crueldad de las muchachas que se habían enamorado de él. Los otros jóvenes de nuestra edad le profesaban poca simpatía, yo era su único amigo.

Cinco años después de su boda recibí una carta en la que me pedía que me reuniera con él en una ciudad costera, donde se hallaba entonces con su mujer y su hijo. Aludía vagamente a una dificultad para la que precisaba mi consejo.

Por aquel entonces yo vivía con mi madre. Tenía un trabajo de poca monta por el que cobraba muy poco y para poder irme le pedí dinero. Me acusó de derrochador y de tenerla en poca consideración, y tuvimos una pequeña discusión. Pedí el dinero prestado a un tío y me marché. Era un día caluroso de principios del verano. Durante el viaje estuve pensando en mi amigo Walter y la alegría de verlo quedaba empañada por una vaga turbación, una mezcla de miedo y angustia que siempre había experimentado al recordarlo a lo largo de aquellos años. Tal vez fuera el temor de que de algún modo pudiese trastornar y destrozar la vida que me había estado construyendo, inflamándola de deseos y nostalgias. También pensaba en su mujer con curiosidad. No lograba imaginármela, ni cómo sería su relación.

Llegué a mediodía y me apeé del tren en una estación calurosa, recién pintada y desierta. Walter me esperaba apoyado contra la pared, con las manos en los bolsillos. No había cambiado nada. Llevaba unos pantalones de tela ligera y una camiseta blanca, de manga corta y cuello abierto. En su rostro ancho, dorado por el sol, afloró una sonrisa, se acercó a mí con indolencia y me tendió la mano. Sabía que me recibiría así, que no habría exclamaciones de sorpresa y que no nos abrazaríamos; sin embargo, experimenté una sensación de frialdad. Por la calle, mientras me llevaba la maleta balanceándola, empecé a preguntarle sobre la naturaleza de la dificultad en que se hallaba, y él me dijo, sin mirarme y concisamente, que eran problemas de índole familiar y que había sido Vilma, su mujer, la que quiso que me llamara.

Nos topamos con Vilma cuando regresaba de la playa con el niño. Era una mujer alta, un poco gruesa; tenía el cabello negro todavía húmedo y restos de arena en la cara. Llevaba un vestido de verano a cuadritos que le dejaba las rodillas al aire y en la mano sostenía un sombrero de paja y una bolsa roja de hule. El niño me pareció muy pequeño, pero dijeron que tenía cuatro años. Era delgaducho, pálido, guapo, con abundantes rizos rubios que le llegaban a los hombros.

Vivían en un chaletito de dos plantas, frente a la playa. Me habían preparado una habitación en el piso de arriba, que no daba al mar, sino a la montaña. La casa estaba en penumbra y despedía un agradable olor fresco a madera y a melocotones. Comíamos en la terraza: las cortinas de tela gruesa de color herrumbre, agitadas por el viento, se separaban y dejaban ver el mar, de un azul resplandeciente, el cielo y la playa con las casetas pintadas de colores vivos. Durante el almuerzo, el niño no quería comer y la madre lo animaba con voz cansada, metiéndole la comida en la boca. Walter callaba y desmigajaba el pan, mirando con fijeza al frente. Luego de repente se

enfadaba y decía que la comida estaba cruda y mala, y que si hubiera estado buena seguro que el niño también se la habría comido. Vilma no respondía, sino que suspiraba y bajaba la cabeza. El niño miraba a uno y a otra con ojos asustados.

—Escenitas familiares — me dijo Walter cuando estuvimos solos —; si dos no se entienden, cualquier pretexto es bueno. Además, ahora hay cosas más graves. Por lo visto, Vilma se ha enamorado. — Pregunté de quién y me respondió vagamente que de un artista —. Un músico — dijo con una desagradable sonrisa burlona.

Ya el día de mi llegada, Vilma quiso enseguida hablar conmigo. Fue por la noche, aprovechando un momento en que Walter había salido. Me senté frente a ella y con un esfuerzo de resuelta franqueza que me produjo una impresión penosa, empezó a hablar de ella y de mi amigo. Había sufrido mucho durante aquellos años; yo conocía a Walter y eso no debía sorprenderme. Cuando se casó, dijo, era aún muy joven e inexperta. Yo la miraba tratando de determinar su edad, pero no me parecía que pudiese ser muy joven y hasta habría dicho que era mayor que Walter. Tenía el cabello negro rizado y los ojos rasgados, color azul oscuro y profundos. Pese a la nariz larga y la tez ajada, me pareció bastante guapa.

—Y ahora me he reencontrado con un viejo amigo... Vrasti. Es un ser elevado y noble, y su primer impulso ha sido ayudarme y procurar mi bien. Mis sentimientos hacia él son puros y en nada pueden ofender a mi hijo o a Walter.

Me hablaba con abandono y confianza, pero esta actitud, en vez de agradarme e inspirarme la misma confianza, me turbaba y entristecía. La situación era complicada, dijo, por falta de medios y por la salud delicada del niño, al que le habría convenido un ambiente familiar muy tranquilo.

También conocí a Vrasti. Supe que acostumbraba a visitarlos todos los

días, pero era de una timidez casi enfermiza y, cuando se enteró de quién era yo, al principio no se atrevía a venir. Era un hombre de unos cincuenta años, de cabello largo y lacio vetado de gris y ojos claros en un rostro arrugado y demacrado. Hablaba poco; se sentaba junto a Vilma y miraba cómo esta cosía mientras se entretenía con los flecos de su bufanda. Trataba de atraer hacia sí al niño, que le rehuía, lo sujetaba por la muñeca y le acariciaba la cabeza con su mano gruesa, de uñas rotas y descuidadas.

—Un artista, un verdadero artista — me dijo Vilma en un aparte, la primera vez que Vraști apareció —. Pero es difícil convencerlo para que toque.

Le rogué a Vraști que tocara y dijo que no, que no, pero era evidente que se moría de ganas. Al final se sentó al piano e interpretó a Mozart y Schumann largo rato, pero resultó mediocre y aburrido.

A menudo Vilma lo invitaba a quedarse a cenar y él respondía que no, que no podía, pero estaba claro que tenía muchas ganas de aceptar y temía que ella no insistiese y tuviera que marcharse. En la mesa usaba los cubiertos sin destreza y bebía muchísimo, se llenaba continuamente el vaso de vino. Después de haber bebido balbuceaba frases inconexas y le entraban temblores. Walter apartaba la mirada con expresión de disgusto. Al lado de su mujer, de Vraști y del niño, Walter parecía extrañamente joven y sano. Su elevada estatura, los anchos hombros y los sólidos brazos desnudos, la indolente serenidad de su cuerpo, llenaban toda la habitación. Vraști se mantenía a su lado con timidez y con una sonrisa culpable, y apenas se atrevía a hablarle directamente. En cambio, enseguida mostró simpatía y familiaridad hacia mí.

Ya llevaba días allí, me sentía muy a gusto y mi salud se beneficiaba de aquella estancia. La idea de tener que marcharme me entristecía. Escribí a mi tío pidiéndole más dinero y me envió una suma algo inferior de la que le

había pedido, acompañada de una carta de amonestación. Mi madre también me escribía quejándose de mi ausencia, de la soledad en que la dejaba y de que faltara en el trabajo. El recuerdo del trabajo, de la ciudad y de mi madre me resultaba desagradable y lo evitaba. Tenía la impresión de estar en la playa desde hacía no sé cuánto tiempo, muchísimo. Los otros nunca aludían a mi marcha y tampoco parecían recordar que me habían llamado para pedirme consejo. Yo no daba consejo alguno ni nadie me lo pedía. Me había dado cuenta de que el amor de Vilma por Vraști no era sincero, sino mera obra de su imaginación. Se aferraba al único ser que creía que podía salvarla, pero tal vez en su fuero interno sabía que eso era artificioso y falso, y sufría más.

Cuando recibí el dinero de mi tío, le ofrecí una buena parte a Walter, que la aceptó. Al enterarse, Vilma me dio las gracias con lágrimas en los ojos. Dijo que me había portado como un verdadero amigo.



Anna en una tumbona (1977)

—Nunca lo olvidaré — dijo.

Por las mañanas, me levantaba temprano y me asomaba a la ventana: veía el huerto sembrado de verdes lechugas húmedas de rocío y las flores rojas y amarillas, los extensos campos y las montañas lejanas veladas por una ligera neblina. Salía. La playa estaba todavía desierta y la arena, a la que aún no había dado el sol, húmeda y fría. Veía a Walter — se levantaba todavía más temprano que yo — salir del agua y venir hacia mí con su andar suave y ligero. A modo de bañador usaba unos calzoncillos estrechos de punto y desde lejos parecía desnudo. Se tumbaba junto a mí con su fuerte cuerpo mojado y se pasaba la mano por el cabello rubio. Una americana con una familia numerosa que tenía la caseta bastante cerca de la nuestra se había enamorado de él, y si lo veía solo se le acercaba para hablarle. Walter le respondía con brusquedad y se alejaba. La llamaba «el Papagayo». Ponía apodos a todo el mundo; Vraști a veces era «el Viejo Polichinela» y otras «el Doctor Tartamudo». Le repetía esos nombres a su hijo y lo hacía reír.

Vilma y el niño acudían a la playa muy tarde. Walter se subía al niño a la espalda y lo llevaba al agua, lo que lo hacía reír y gritar de miedo. El pequeño sentía por él un amor loco y yo me daba cuenta de que Vilma estaba celosa.

Muy pronto me di cuenta de que a Vilma le ocurría algo extraño. Ya no invitaba tanto al músico a cenar y, en general, me pareció que le era indiferente verlo o no verlo. Incluso Vraști acabó percatándose, y percibí su tormento y su sufrimiento. Vilma ya no le pedía que tocara ni le controlaba la bebida. Una vez que en presencia de ella Walter, al referirse a Vraști, lo llamó «el Doctor Tartamudo», Vilma se rió.

En cada gesto suyo, en cada palabra percibía su deseo de gustarme. Si trajinaba por la casa poniendo orden o perseguía al niño en la playa o se tumbaba, sentía que lo hacía por mí, no por Vraști.

Debería haberme marchado de inmediato. Pero no me sentía con fuerzas.

Al principio me dije que no era cierto. Fingí creer que había dado importancia a cosas que no la tenían. Sin embargo, evitaba quedarme a solas con ella. Pasaba casi todo el tiempo vagando por el campo con Walter.

En nuestros paseos interminables él casi siempre guardaba silencio. Contemplábamos la puesta de sol tumbados sobre una roca que caía a pico en el mar, rodeados de una vegetación salvaje de chumberas y palmas. Yo ignoraba qué habían significado para Walter aquellos años en que habíamos estado alejados, qué había hecho, creído, esperado, pero sabía que cualquier pregunta sería inútil. Él tampoco me preguntaba nada, y yo sabía que no le interesaría en absoluto lo que pudiera contarle de mí. Esa falta de interés que en otro me habría molestado, en él me parecía muy natural, obvia, y no me dolía. Entendía mejor que en el pasado que Walter era un ser aparte y diferente de los otros seres humanos, y por eso cualquier relación que entablaba con los demás adoptaba una forma extraña, inexplicable y ofensiva para cualquiera, excepto para mí. Era como una gran planta aislada. El viento que agita sus ramas y la tierra que alimenta sus raíces forman parte de su vida, solo eso. De modo que sentía que las alegrías y los dolores de Walter no procedían de sus semejantes, sino de causas incomprensibles y desconocidas para nosotros, como la tierra o el viento.

A veces me hablaba de su hijo y tuve la impresión de que lo quería. Decía que Vilma no estaba hecha para criar a un niño. Lo levantaba tarde, no lo dejaba pasar mucho rato en el agua ni jugar al sol con la cabeza descubierta. «Y además solo hay que ver cómo lo viste y cómo le deja crecer los rizos. Parece el hijo de una actriz.»

Por fin decidí marcharme, y lo dije. Walter no manifestó ni sorpresa ni pesar. En cambio, Vilma me miró con una desesperación que me turbó muchísimo. Pocas veces había sido yo objeto del amor de una mujer. Y advertí que me proporcionaba una especie de oscuro placer. Pero enseguida

me avergoncé de mí mismo. Había ido allí para aclarar las cosas y ser de alguna utilidad, y no había aclarado nada, sino que, de hecho, había complicado la situación y puede que incluso la hubiera fastidiado de forma irreparable. Subí a mi habitación y me puse a hacer la maleta. Era de noche; a la mañana siguiente me marcharía. Walter ya se había acostado.

Al poco rato llamaron suavemente a la puerta y entró Vilma. Quería saber si necesitaba ayuda. Ya había terminado, era una maleta pequeña, le respondí. Se sentó en la cama y estuvo mirándome mientras recogía los escasos objetos y los libros. De repente se puso a llorar, quedamente. Me acerqué a ella y le cogí las manos. «No, ¿por qué? Vilma, ¿por qué?», le decía. Ella reclinó la cabeza en mi hombro, se apretó contra mí y me besó. Yo también la besé. No podía reaccionar. Me parecía amar a aquella mujer como ella me amaba a mí, y cubrí su cuerpo de besos apasionados.

A la mañana siguiente al despertarme me sentía tan cansado que me costó mucho levantarme. Estaba apenado y disgustado. Me vestí maquinalmente y bajé para reunirme con Walter en la playa. No podía marcharme sin contarle lo sucedido. No me planteaba si decírselo estaba bien o mal, solo sabía que no podía irme sin contárselo. Lo encontré tumbado en la arena con los brazos cruzados bajo la nuca. Por la noche había soplado un fuerte viento y el mar estaba agitado, grandes olas espumantes se encaballaban en la orilla.

Cuando me vio se puso de pie.

—Estás pálido — me dijo.

Empezamos a caminar por la playa. El dolor y la vergüenza me impedían hablar.

—¿Por qué estás callado? Oye, lo sé, has pasado la noche con ella — me dijo.

Me detuve y nos miramos a los ojos.

—Sí, me lo ha contado. Es de esas personas obsesionadas con la

sinceridad. No puede vivir si no lo cuenta todo. Pero no pienses mal de ella. No es más que una desgraciada. Ya no sabe ni lo que quiere. Y ahora, ya has visto cómo están las cosas. — Su tono era apagado y amargo. Le puse la mano en el brazo —. Pero no me hace sufrir — me dijo —, ¡si supieras qué indiferente me resulta todo! Tampoco yo sé lo que quiero. — Hizo un gesto como de impotencia —. Yo... yo no sé.

Hasta Vraști vino a despedirme, y todos juntos — incluso habían levantado al niño — me acompañaron a la estación. Vilma no dijo ni una sola palabra. Estaba pálida y con una expresión de desconcierto.

Tras subir al tren me asomé para despedirme: vi por última vez los rizos del niño alborotados por el viento, a Vilma, a Vraști, que agitaba hacia mí su blando sombrero. Luego Walter dio media vuelta y empezó a andar, con las manos en los bolsillos, seguido de los demás.

En todo el viaje no pude dejar de pensar en ellos. De regreso a la ciudad, no dejé de pensar en ellos durante largo tiempo, y todo lo demás me era ajeno. Escribí muchas cartas a Walter, pero no tuve respuesta. Más adelante supe por terceros que el niño había muerto, que ellos se habían separado y que Vilma se había ido a vivir con el músico.

Mi marido

*Uxori vir debitum reddat:
similiter autem et uxor viro.*

SAN PABLO, 1 Corintios 7,3

Cuando me casé tenía veinticinco años. Durante mucho tiempo había deseado casarme y a menudo había pensado, con un sentimiento de abatida melancolía, que no tenía muchas probabilidades de hacerlo. Huérfana de padre y madre, vivía fuera de la ciudad con una tía ya anciana y con mi hermana. Llevábamos una vida monótona y, además de mantener la casa limpia y de bordar grandes manteles, con los que luego no sabíamos qué hacer, carecíamos de ocupación concreta. Venían a visitarnos algunas señoras con las que hablábamos largo y tendido de aquellos manteles.

El hombre que quiso casarse conmigo llegó a casa por casualidad. Deseaba comprar una finca propiedad de mi tía. No sé cómo se enteró de la existencia de esa finca. Era médico de un pueblecito, en el campo. Pero bastante rico. Vino en coche y, como estaba lloviendo, mi tía le dijo que se quedara a comer. Volvió otras veces, y al final pidió mi mano. Le advirtieron de que no era rica. Pero dijo que eso a él no le importaba.

Mi marido tenía treinta y siete años. Era alto, bastante elegante, con el cabello entrecano y gafas de montura dorada. En su ademán serio, contenido y ágil, se reconocía al hombre acostumbrado a tratar a los pacientes. Se

mostraba sumamente seguro de sí mismo. Le gustaba quedarse de pie en medio de una habitación, con la mano debajo de la solapa de la chaqueta, y escrutar en silencio.

Cuando me casé con él, apenas habíamos intercambiado unas pocas palabras. No me había besado, ni me había regalado flores, ni había hecho nada de lo que suele hacer un novio. Yo solo sabía que vivía en el campo, en una casa grande y muy vieja, rodeada de un amplio jardín, con un criado joven y rústico y una anciana criada llamada Felicetta. Si le había interesado o llamado la atención algo de mi persona, si había sentido un repentino amor por mí, o si simplemente quería casarse, era algo que yo ignoraba. Tras despedirnos de mi tía, me ayudó a subir a su coche, manchado de barro, y arrancó. Entonces lo miré. Lo miré larga y curiosamente, tal vez con cierta insolencia, con los ojos muy abiertos bajo mi sombrero de fieltro. Se volvió hacia mí, me sonrió y me estrechó la mano desnuda y fría.

—Ya nos iremos conociendo — dijo.

Pasamos la noche de bodas en el hotel de un pueblo no muy distante del nuestro. Proseguiríamos el viaje a la mañana siguiente. Subí a la habitación mientras mi marido ponía gasolina. Me quité el sombrero y me miré en el gran espejo, que me devolvía la imagen de cuerpo entero. Sabía que no era guapa, pero tenía un rostro luminoso y animado, y un cuerpo esbelto y atractivo, con aquel traje gris nuevo de corte masculino. Estaba dispuesta a amar a aquel hombre, si él me ayudaba. Tenía que ayudarme. Debía obligarlo a ello.

Al día siguiente, cuando reemprendimos el viaje, no se había operado aún cambio alguno. Apenas habíamos cruzado unas pocas palabras y no había surgido entre nosotros ni la más mínima chispa. Cuando era adolescente, siempre había pensado que un acto como el que habíamos realizado debía transformar a dos personas, alejarlas o aproximarlas para siempre. Ahora

sabía que también podía no ser así. Me estremecí de frío debajo del abrigo. No era otra persona.

Llegamos a casa a mediodía; Felicetta nos esperaba en la verja. Era una mujer pequeña y cargada de espaldas, de pelo cano y actitud astuta y servil. La casa, el jardín y Felicetta eran como los había imaginado. Pero en la casa no había nada sombrío, como suele ocurrir en las casas viejas. Era espaciosa y luminosa, con cortinas blancas y butacas de paja. Por los muros y la verja trepaban la hiedra y los rosales.

Cuando Felicetta me hubo entregado las llaves, tras haberse colado detrás de mí por las habitaciones y habérmelo mostrado todo, me sentí alegre y dispuesta a demostrar a mi marido y a los demás mi competencia. Yo no era una mujer instruida, quizá no fuera demasiado inteligente, pero sabía llevar una casa con criterio, orden y método. La tía me había enseñado. Me emplearía a fondo en mi labor y mi marido vería lo que sabía hacer.

Así empezó mi nueva vida. Mi marido pasaba fuera todo el día. Yo me afanaba por la casa, supervisaba la comida, preparaba pasteles y mermeladas, y también me gustaba trabajar en el huerto junto al criado. Con Felicetta discutía, pero con él me entendía muy bien. Cuando guiñaba el ojo echándose el pelo atrás, algo en aquel rostro rebosante de vida me llenaba de alegría. Paseaba mucho por el pueblo y hablaba con los campesinos. Les hacía preguntas y ellos me las hacían a mí. Pero cuando volvía a casa por la noche y me sentaba junto a la estufa de cerámica, me sentía sola, echaba de menos a mi tía y a mi hermana, me hubiera gustado estar con ellas. Pensaba en cuando me desnudaba con mi hermana en nuestra habitación, en nuestras camas de hierro, en el balcón que daba a la calle y al que nos asomábamos plácidamente los domingos. Una noche me puse a llorar. De pronto entró mi marido. Estaba pálido y muy cansado. Vio que tenía el cabello alborotado y las mejillas bañadas en lágrimas.

—¿Qué ocurre? — me preguntó.

Permanecí en silencio, con la cabeza gacha. Se sentó junto a mí y me acarició levemente.

—¿Estás triste? — me preguntó.

Asentí. Entonces me estrechó contra su hombro. Luego, de pronto se levantó y fue a cerrar la puerta con llave.

—Hace mucho que quería hablar contigo — dijo —. Me resulta difícil, por eso no lo he hecho hasta ahora. Todos los días pensaba «hoy lo haré», y todos los días lo aplazaba; me parecía que no daría con las palabras, tenía miedo. Una mujer que se casa tiene miedo de su marido, pero no sabe que él también tiene miedo, no sabe hasta qué punto el hombre también tiene miedo. Quiero hablarte de muchas cosas. Si somos capaces de hablarnos y conocernos poco a poco, tal vez nos amaremos, y la tristeza desaparecerá. Cuando te vi por primera vez pensé: «Esta mujer me gusta, quiero amarla, quiero que me ame y me ayude, y quiero ser feliz con ella». Tal vez te resulte extraño que tenga necesidad de ayuda, pero es así. — Con los dedos arrugaba los pliegues de mi falda —. En el pueblo vive una mujer a la que he querido mucho. Es absurdo hablar de ella como de una mujer, pues no es más que una niña, un animalillo mugriento. Es la hija de un campesino de aquí. Hace dos años la curé de una pleuritis grave. Tenía entonces quince. Sus padres son pobres, pero más que pobres, son avaros, tienen una docena de hijos y no querían ni oír hablar de comprarle los medicamentos. Yo se las proporcioné y, cuando estuvo curada, la buscaba en los bosques adonde ella iba a cortar leña y le daba algo de dinero para que comprase comida. En su casa solo tenían pan y patatas con sal, pero no le parecía extraño: eso comían sus hermanos, su padre y su madre y la mayoría de sus vecinos. Si le hubiera dado el dinero a la madre, habría corrido a guardarlo en el colchón y no habría comprado nada. Pero vi que a la muchacha la avergonzaba entrar a comprar, por temor a que la madre

se enterase, y también a ella la tentaba la idea de coser el dinero al colchón como siempre había visto hacer a su madre, aunque yo le dijera que si no comía, podía enfermar de nuevo y morir. De modo que todos los días le llevaba la comida. Al principio le daba vergüenza comer delante de mí, pero luego se acostumbró y comía, y comía, y una vez saciada se tendía al sol, y pasábamos las horas así, ella y yo. Sentía un enorme placer viéndola comer, era el mejor momento de la jornada, y cuando estaba solo, pensaba en lo que había comido y en lo que le llevaría al día siguiente. Y así empecé a hacer el amor con ella. Siempre que podía yo subía a los bosques, la esperaba y ella acudía, y yo no sabía ni siquiera por qué venía, si para saciar el hambre o para hacer el amor, o por miedo a que yo me enfadara con ella. ¡Cómo la esperaba! Cuando a un sentimiento se le une la piedad y el remordimiento, esclaviza, no da respiro. Me despertaba por la noche y pensaba en lo que sucedería si se quedara embarazada y tuviera que casarme con ella, y la idea de pasar la vida a su lado me horrorizaba, pero al mismo tiempo sufría imaginándola casada con otro, en casa de otro, y el amor que sentía me resultaba insoportable, me quitaba las fuerzas. Cuando te vi, pensé que si me unía a ti me libraría de ella, tal vez la olvidaría, porque no la quería, no quería a Mariuccia, sino a una mujer como tú, una mujer parecida a mí, adulta y consciente. Había algo en ti que me decía que tal vez me perdonarías, que aceptarías ayudarme, y me parecía que si me portaba mal contigo, no tenía importancia, porque aprenderíamos a amarnos, y todo esto desaparecería.

—¿Podrá desaparecer?

—No lo sé — dijo —, no lo sé. Desde que me casé contigo ya no pienso en ella como antes y, si me la cruzo, la saludo tranquilamente, y ella ríe y se ruboriza, y yo me digo que dentro de unos años la veré casada con algún campesino, cargada de hijos y devastada por el cansancio. Sin embargo, algo

se agita en mi interior cuando la veo, y quisiera seguirla a los bosques y oír-la reír y hablar en dialecto, y mirarla mientras recoge leña para hacer el fuego.

—Me gustaría conocerla — dije —, tienes que decirme quién es. Mañana saldremos a pasear y me la señalarás cuando pase. — Era mi primer acto de voluntad, y me causó cierto placer.

—¿No me guardas rencor? — me preguntó.

Negué con la cabeza. No sentía rencor: ni yo misma sabía lo que sentía, estaba triste y contenta a la vez. Se había hecho tarde, y cuando fuimos a cenar, la comida se había enfriado, pero no teníamos hambre. Bajamos al jardín y paseamos largo rato en la oscuridad. Él me llevaba sujeta por el brazo y me decía:

—Sabía que lo entenderías.

Por la noche, se despertó varias veces y, estrechándome contra su cuerpo, repetía:

—¡Lo has entendido todo!

Cuando la vi por primera vez, Mariuccia regresaba de la fuente con la jarra del agua. Llevaba un vestido azul desteñido y medias negras, y arrastraba un par de grandes zapatos de hombre. Al verme, el rubor cubrió su rostro moreno y al volverse para mirar derramó un poco de agua en las escaleras de la casa. Este encuentro me causó una emoción tan honda, que le pedí a mi marido que nos detuviéramos; nos sentamos en el banco de piedra delante de la iglesia. Pero en aquel momento vinieron a buscarlo y me quedé sola. Sentí entonces un gran desasosiego al pensar que tal vez vería a Mariuccia todos los días, que ya nunca más podría caminar despreocupadamente por aquellas calles. Había creído que le tomaría cariño al pueblo al que había ido a vivir, que todo él me pertenecería, pero eso ahora se me negaba para siempre. Y de hecho, cada vez que salía me encontraba con ella, la veía enjuagar los trapos en la fuente o sostener las jarras o llevar en brazos a uno de sus hermanitos

sucios, y un día su madre, una campesina gorda, me invitó a entrar en la cocina de su casa, mientras Mariuccia permanecía en el umbral con las manos debajo del delantal, dirigiéndome de vez en cuando una mirada curiosa y maliciosa, hasta que al final se fue. Al volver a casa le decía a mi marido: «Hoy he visto a Mariuccia», pero él no respondía y desviaba la mirada, hasta que un día me dijo irritado: «¿Y qué? Es una historia pasada, no hay que hablar más de ella».

Acabé por no alejarme del jardín. Estaba embarazada, y me había puesto gorda y pesada. Me sentaba en el jardín a coser, a mi alrededor todo estaba tranquilo, las plantas susurraban y proyectaban su sombra, el criado cavaba en el huerto y Felicetta se afanaba en la cocina sacando brillo al cobre. A veces pensaba, maravillada, en el niño que iba a nacer. Pertenecía a dos personas que no tenían nada en común, que no tenían nada que decirse, que se sentaban en silencio largo rato una junto a la otra. Después de la noche en que mi marido me habló de Mariuccia, no había intentado acercarse a mí, se había sumido en el silencio y, en ocasiones, cuando le hablaba me dirigía una mirada vacía, ofendida, como si mis imprudentes palabras le hubiesen sacado de alguna profunda reflexión. Y entonces me decía que era necesario que nuestra relación cambiara antes de que llegara del niño. Porque ¿qué pensaría el pequeño de nosotros? Aunque luego casi me entraban ganas de reír: como si un niño pequeño pudiera pensar.

El niño nació en agosto. Mi hermana y mi tía vinieron, se organizó una fiesta para el bautizo, y en la casa hubo mucho ajetreo. El niño dormía en la cuna junto a mi cama. Yacía sonrosado, con los puños apretados y un mechón oscuro de pelo se le salía del gorrito. Mi marido iba a verlo continuamente, estaba alegre y reía, y hablaba del pequeño a todo el mundo. Una tarde nos quedamos solos. Yo estaba recostada en el cojín, cansada y débil por el calor. Él miraba al niño y sonreía tocándole el cabello y las cintas.

—No sabía que te gustaran los niños — dije de pronto.

Sobresaltado, se volvió.

—No me gustan — respondió —, solo me gusta este, porque es nuestro.

—¿Nuestro? ¿Es importante para ti que sea nuestro, es decir, mío y tuyo?
¿Soy algo para ti?

—Sí — contestó como distraído, y vino a sentarse en mi cama —. Cuando vuelvo a casa y pienso que te encontraré, me invade una sensación de placer y afecto.

—¿Y qué más? — pregunté con tranquilidad, mirándole.

—Luego, cuando estoy delante de ti, y quisiera contarte lo que he hecho durante el día, lo que he pensado, me resulta imposible, no sé por qué. O tal vez sé el porqué: porque hay algo que ha ocurrido en el día, algo en mis pensamientos, que debo ocultarte, y por eso no puedo decirte nada.

—¿Qué es?

—Esto — respondió —: que he vuelto a verme con Mariuccia en el bosque.

—Lo sabía, lo sospechaba desde hace mucho.

Se inclinó hacia mí y me besó los brazos desnudos.

—Ayúdame, te lo ruego — decía —, ¿qué haré si no me ayudas?

—Pero ¿qué puedo hacer para ayudarte? — grité, rechazándolo y rompiendo a llorar.

Entonces mi marido fue a coger a Giorgio, lo besó, me lo entregó y me dijo:

—Ahora todo será más fácil.

Como yo no tenía leche, buscamos a una nodriza de un pueblo cercano. Y nuestra vida recuperó su curso natural, mi hermana y mi tía se fueron, yo me levanté y bajé al jardín, y fui retomando poco a poco mis hábitos. Pero la casa estaba transformada por la presencia del niño, en el jardín y las terrazas

colgaban los pañales blancos, en los pasillos se oía el frufrú de la falda de terciopelo de la nodriza y en las habitaciones resonaban sus canciones. Era una mujer ya no muy joven, gorda y presumida, a la que le gustaba hablar de las casas nobles en las que había estado. Todos los meses había que comprarle un delantal nuevo bordado o una aguja para el pañuelo. Cuando mi marido regresaba, yo iba a buscarlo a la cancela, juntos subíamos a la habitación de Giorgio y mirábamos cómo dormía; luego cenábamos y yo le contaba que la nodriza había discutido con Felicetta, hablábamos mucho del niño, del invierno que se acercaba, de las provisiones de leña, y yo le comentaba una novela que había leído y le hablaba de mis impresiones. Él me tomaba de la cintura, me acariciaba, yo apoyaba la cabeza en su hombro. Ciertamente el nacimiento del niño había cambiado nuestra relación. Sin embargo, en algunos momentos yo todavía tenía la sensación de que había algo forzado en nuestras palabras, en su bondad y ternura, pero no habría sabido decir por qué. El niño crecía, pataleaba y engordaba, y me gustaba contemplarlo, pero a veces me preguntaba si lo quería de verdad. En ocasiones no me apetecía subir la escalera para estar con él. Me parecía que pertenecía a otros, a Felicetta o a la nodriza, pero no a mí.

Un día me enteré de que el padre de Mariuccia había muerto. Mi marido no me lo dijo. Me puse el abrigo y salí. Nevaba. Al muerto se lo habían llevado por la mañana. En la cocina oscura, Mariuccia y su madre, rodeadas por las vecinas, se sujetaban la cabeza y se mecían rítmicamente y lanzando agudos chillidos, como suele hacerse en el campo cuando muere alguien de la casa, mientras que los hermanos, vestidos con sus mejores ropas, se calentaban frente al fuego las manos amoratadas por el frío. Cuando entré, Mariuccia me observó un instante con su mirada aturdida, animada por una súbita alegría. Pero no tardó en contenerse y siguió con sus lamentos.

La muchacha iba por el pueblo envuelta en un mantón negro. Su visión me

perturbaba. Yo volvía a casa triste: no podía dejar de ver aquellos ojos negros, aquellos dientes grandes y blancos que sobresalían del labio. Pero si no la veía, rara vez pensaba en ella.

Al año siguiente tuve otro hijo. También un niño, lo llamamos Luigi. Mi hermana se había casado y se había ido a vivir a una ciudad lejana, mi tía no se movió de casa, y solo mi marido me asistió en el parto. La nodriza que había criado al primer hijo se marchó y llegó otra, una muchacha alta y tímida, que nos tomó cariño y se quedó en casa incluso después de destetar a Luigi. Mi marido estaba muy contento con los niños. Cuando regresaba a casa lo primero que hacía era preguntar por ellos, corría a verlos, los entretenía hasta que se iban a dormir. Los quería, e indudablemente pensaba que yo también los quería. Y yo los quería, pero no como antaño creía que había que amar a los hijos. Algo en mi interior estaba mudo, mientras los sostenía en el regazo. Los niños me tiraban del cabello, se agarraban al hilo del collar, querían rebuscar en el cestillo de las labores, a mí eso me molestaba y llamaba a la nodriza. A veces pensaba que quizá me sentía demasiado triste para estar con los niños. «Pero ¿por qué estoy triste?», me preguntaba. «¿Qué pasa? No tengo motivos para estar tan triste.»

Una tarde soleada de otoño, mi marido y yo estábamos sentados en el sofá de cuero del despacho.

—Hace ya tres años que nos casamos — le dije.

—Es cierto — respondió él —, y todo ha ido como pensaba; hemos aprendido a vivir juntos.

Yo acariciaba en silencio su mano abandonada. Luego él me besó y se marchó. Unas horas más tarde salí, crucé las calles del pueblo y enfilé el sendero a orillas del río. Quería pasear un poco en compañía del agua. Apoyada en el pretil de madera del puente veía deslizarse la corriente serena y oscura, entre la hierba y las piedras, con la mente como adormecida por

aquel rumor monótono. Me entró frío y estaba a punto de marcharme cuando de repente vi a mi marido, que subía con rapidez por la vertiente herbosa de la ladera, en dirección al bosque. Supe que él también me había visto. Se detuvo un instante, indeciso, y luego siguió subiendo, agarrándose a las ramas de los matorrales, hasta desaparecer entre los árboles. Regresé a casa y entré en el despacho. Me senté en el sofá donde poco antes me había dicho que habíamos aprendido a vivir juntos. Ahora entendía lo que pretendía decirme. Había aprendido a mentirme, ya no sufría por ello. Mi presencia en su casa le había hecho peor persona. Y yo también había empeorado a su lado. Me había marchitado, apagado. No sufría, no sentía dolor alguno. Yo también le mentía: vivía a su lado como si lo amara, pero no lo amaba, no sentía nada por él.

De pronto sus pasos resonaron pesadamente en la escalera. Entró en el despacho, sin mirarme se quitó la americana y se puso la vieja chaqueta de pana que llevaba por casa.

—Me gustaría que nos marcháramos de este pueblo — dije.

—Solicitaré que me den otra plaza, si es lo que deseas — respondió.

—¡Eres tú quien ha de desearlo! — grité. Y entonces supe que no era cierto que yo no sufriera; yo sufría de un modo intolerable, y me temblaba todo el cuerpo —. En una ocasión me dijiste que tenía que ayudarte, que por eso te casaste conmigo. Ay, ¿por qué te casaste conmigo? — gemí.

—Ay, sí, ¿por qué? ¡Qué error! — exclamó, sentándose y llevándose las manos a la cara.

—No quiero que estés con ella. No quiero que vuelvas a verla — dije, inclinándome hacia él.

Pero me rechazó con un gesto.

—¿Y qué me importas tú? — dijo —. No eres nada nuevo para mí, no tienes nada que pueda interesarme. Te pareces a mi madre y a la madre de mi

madre, y a todas las mujeres que han vivido en esta casa. A ti no te pegaban de pequeña. No te hicieron pasar hambre. No te obligaron a trabajar en los campos de la mañana a la noche, bajo un sol abrasador. Sí, tu presencia me da paz y sosiego, pero solo eso. No sé qué hacer, pero no puedo amarte. — Cogió la pipa, la llenó cuidadosamente y, con una calma repentina, la encendió —. Por otra parte, todo esto son palabras vanas, cháchara sin importancia. Mariuccia está embarazada.

Días más tarde fui a la playa con los niños y la nodriza. Hacía tiempo que habíamos decidido hacer ese viaje, porque los niños habían estado enfermos y el aire del mar les sentaría bien: mi marido nos acompañaría y se quedaría con nosotros un mes. Pero llegado el momento, y sin necesidad de decir nada, se sobrentendió que no vendría. Pasamos todo el invierno junto al mar. Escribía a mi marido una vez por semana y recibía puntual respuesta de su parte. Nuestras cartas apenas contenían unas pocas frases, breves y bastante frías.

Regresamos al comienzo de la primavera. Mi marido nos esperaba en la estación. Mientras cruzábamos el pueblo en coche, vi pasar a Mariuccia con el vientre deformado. Caminaba ligera, a pesar su vientre abultado, y el embarazo no había cambiado su aspecto infantil. La expresión de su rostro, en cambio, era otra, de sumisión y vergüenza; se ruborizó al verme, pero no como antes, con aquella alegre insolencia. Y yo pensaba que pronto la vería llevando en los brazos a un niño sucio, con aquella bata larga que llevan todos los hijos de los campesinos, y que aquel niño sería el hijo de mi marido, el hermano de Luigi y de Giorgio. Pensaba que no soportaría la visión de aquel niño con la bata larga. No podría seguir viviendo con mi marido, no podría seguir viviendo en el pueblo. Me marcharía.

Mi marido estaba muy abatido. Pasaban los días sin que pronunciara una palabra. Ni siquiera se entretenía con los niños. Lo veía envejecido,

desaseado, con el rostro cubierto por una barba erizada. Regresaba muy tarde por la noche y en ocasiones se acostaba sin cenar. Otras veces ni siquiera se acostaba y pasaba toda la noche en el despacho.

Tras aquellos meses de ausencia, en la casa reinaba el mayor desorden. Felicetta había envejecido, se olvidaba de todo, se peleaba con el criado y lo acusaba de beber demasiado. Se intercambiaban violentos insultos y con frecuencia yo tenía que intervenir para calmarlos.

Durante unos días tuve mucho trabajo. Había que poner en orden la casa, prepararla para el verano que se acercaba. Había que guardar las mantas de lana y los abrigos en los armarios; había que cubrir las butacas con las fundas de tela blanca, poner las cortinas en la terraza, sembrar el huerto y podar los rosales del jardín. Recordaba con cuánto ánimo y orgullo me había ocupado de estas tareas al principio de nuestro matrimonio. Imaginaba que cualquier acto mío, por simple que fuera, cobraría la mayor importancia. No habían transcurrido ni cuatro años, ¡y cómo había cambiado yo! Incluso mi aspecto era el de una mujer madura. Me peinaba sin raya, con un moño bajo. A veces me miraba al espejo y pensaba que ese peinado no me favorecía y que me envejecía. Pero ya no deseaba ser hermosa. No deseaba nada.

Una noche estaba sentada en el comedor con la nodriza, que me enseñaba un punto de calceta nuevo. Los niños dormían y mi marido había tenido que ir a un pueblo a unos kilómetros de distancia para visitar a un enfermo grave. De repente sonó la campanilla y el criado acudió descalzo a abrir. Yo también bajé: era un muchacho de unos catorce años, en quien reconocí a uno de los hermanos de Mariuccia.

—Me mandan a buscar al médico, que mi hermana está mal — dijo.

—El médico no está.

Se encogió de hombros y se fue. Al poco rato volvió.

—¿No ha llegado el médico? — preguntó.

—No — le dije —, pero le enviaré un recado.

El criado ya estaba acostado; le dije que se vistiera y fuera a buscar a mi marido en bicicleta. Subí a mi habitación dispuesta a desvestirme, pero estaba demasiado inquieta, nerviosa, sentía que yo también debía hacer algo. Me cubrí la cabeza con un mantón y salí. Caminé por el pueblo oscuro, desierto. En la cocina, los hermanos de Mariuccia dormitaban con la cabeza apoyada en la mesa. Las vecinas hablaban en corrillo delante de la puerta. En la habitación de al lado, Mariuccia andaba por el estrecho espacio que mediaba entre la cama y la pared, andaba y gritaba, apoyándose en la pared. Me miró sin reconocerme, y siguió andando y gritando. La madre, en cambio, me dirigió una mirada aviesa y llena de rencor. Me senté en la cama.

—No tardará el médico, ¿verdad, señora? — me preguntó la comadrona —. La muchacha lleva muchas horas con dolores. Ha perdido ya mucha sangre. El parto no se presenta bien.

—He mandado llamarlo. Debería llegar dentro de poco — respondí.

Mariuccia se desmayó y la llevamos a la cama. Había que comprar algo en la farmacia y me ofrecí para ir. A mi regreso había vuelto en sí y había empezado a gritar de nuevo. Le ardían las mejillas, se retorció y se sacudía la manta. Se agarraba a la cabecera de la cama y chillaba. La comadrona iba y venía con las botellas de agua.

—La cosa se ha puesto fea — me dijo en voz alta, serenamente.

—Hay que hacer algo — repuse —. Si mi marido tarda, habrá que avisar a otro médico.

—Los médicos saben decir palabras bonitas, nada más — dijo la madre, y de nuevo me dirigió una mirada rencorosa mientras se metía el rosario en el pecho.

—Todas gritan cuando paren — comentó una mujer.

Mariuccia se revolvía en la cama con el cabello en desorden. De pronto se

agarró a mí, me estrechó con sus delgados brazos morenos.

—Virgen santa, Virgen santa — decía.

Las sábanas estaban empapadas de sangre, había sangre hasta en el suelo. La comadrona ya no se separaba de ella.

—Ánimo — le decía de vez en cuando.

Ahora emitía unos sollozos roncós. Estaba ojerosa y el sudor cubría su rostro oscuro.

—Va mal, va mal — repetía la comadrona, que acogió al niño en sus manos, lo levantó y sacudió —. Está muerto. — Y lo arrojó a una esquina de la cama.

Vi una cara ajada de chinito. Las mujeres se lo llevaron envuelto en un trapo de lana.

Mariuccia ya no gritaba; yacía muy pálida y la sangre no cesaba de manar de su cuerpo. Vi una mancha de sangre en mi blusa.

—Se va con un poco de agua — me dijo la comadrona.

—No tiene importancia — respondí.

—Me ha sido de gran ayuda esta noche — dijo —, es usted muy valiente. Como corresponde a la mujer de un médico.

Una de las vecinas se empeñó en que tomara un poco de café. Tuve que acompañarla a la cocina y beber café claro y tibio en un vaso. Cuando regresé, Mariuccia estaba muerta. Me dijeron que había muerto así, sin recuperarse del sopor.

Le hicieron las trenzas, la envolvieron en la colcha. Por fin llegó mi marido. Llevaba en una mano el maletín de piel; estaba pálido y jadeante, con el abrigo abierto. Yo permanecía sentada junto a la cama, pero él ni me miró. Se detuvo en el centro de la habitación. La madre se le plantó delante, le arrancó de las manos el maletín y lo arrojó al suelo.

—Ni siquiera has venido a verla morir — le dijo.

Recogí del suelo el maletín y tomé a mi marido de la mano.

—Vámonos — le dije. Se dejó llevar por mí, atravesamos la cocina entre las mujeres que murmuraban y me siguió hasta la calle. De pronto me detuve: pensé que debía enseñarle al chinito. ¿Dónde estaba? A saber adónde se lo habían llevado.

Por el camino me apretaba contra él, pero mi marido no respondía a mi gesto, su brazo colgaba inmóvil a lo largo del cuerpo. Sabía que no podía estar pendiente de mí, sabía que no debía hablarle, que debía ser extremadamente prudente. Me acompañó hasta la puerta de nuestro dormitorio, me dejó y bajó al despacho, como hacía a menudo en los últimos tiempos.

Era ya casi de día, se oía el canto estridente de los pájaros en los árboles. Me acosté. De pronto me di cuenta de que era inmensamente feliz. Ignoraba que se pudiera ser tan feliz por la muerte de una persona. Pero no sentía remordimiento alguno. Hacía mucho tiempo que no era feliz, y esta era una sensación nueva para mí, que me sorprendía y me transformaba. Y me sentía tontamente orgullosa de mi comportamiento de la noche anterior. Sabía que en aquellos momentos mi marido era incapaz de pensar en nada, pero más tarde, cuando se hubiese recuperado un poco, reflexionaría y quizá comprendería que yo había actuado correctamente.

De repente, resonó un disparo en el silencio de la casa. Me levanté de la cama gritando, gritando bajé la escalera, me precipité al despacho y sacudí aquel cuerpo grande que yacía inmóvil en el sillón, con los brazos abandonados y vueltos hacia atrás. Un poco de sangre bañaba sus mejillas y sus labios, aquel rostro que yo tan bien conocía.

Luego la casa se llenó de gente. Tuve que hablar, que responder a todas las preguntas. Se llevaron a los niños. Dos días después, acompañé a mi marido al cementerio. Cuando volví a casa, deambulé absorta por las habitaciones.

Había llegado a amar aquella casa, pero me parecía que no tenía derecho a vivir en ella porque no me pertenecía, porque la había compartido con un hombre que había muerto sin dedicarme una sola palabra. Sin embargo, no sabía adónde ir. No había lugar en el mundo al que deseara ir.

Las muchachas

La vida de las muchachas del pueblo no es en absoluto alegre. No hay baile, no hay cine, no hay nada de nada. En otros pueblos más pequeños sí hay un cine — en Neja, Favilli, Ognano —, pero aquí no hay nada. A saber por qué. Por el pueblo pasa mucha gente, pero nadie se detiene. Viento y sol en todas las estaciones, que curte y enrojece el rostro; y casas que han proliferado a lo largo de la carretera, con pequeñas puertas que se abren a negras cocinas. Una carretera larga y polvorienta, inmutable, recorrida por el servicio postal tres veces al día y dos veces por la motocicleta del cura.

En el pueblo hay un montón de muchachas. La Savoiarda es la más guapa de todas. Es tonta, pero muy guapa. Es alta y gruesa, de grandes ojos verdes, y cuando vuelve a casa de noche con la horca del heno, su belleza deja sin respiración. Es tonta y por eso va con los hombres; ha ido con el molinero, con Angelantonio, con el hijo del recaudador, con todos. Va como una tonta, sin saber lo que hace. En su casa son muy pobres. Ella es fuerte y trabaja en los campos, todos la buscan para trabajar, porque tiene los brazos robustos como un hombre. Una vez su madre la envió a servir a la ciudad, a casa de un médico, pero los señores descubrieron que tenía piojos, así que regresó de inmediato al pueblo.

El sueño de las muchachas es ir a la escuela de corte y confección de la ciudad y convertirse en modistas, como la Centonze. No quieren servir porque dicen que es una deshonra. Que una muchacha, si ha estado sirviendo, ya no encuentra marido. Y es que aunque solo sea un pedazo de pan, da gusto

comérselo en casa. La Savoiarda, que apenas estuvo sirviendo una semana, cuando volvió no parecía ella, de lo demacrada que estaba. Le hacían lavar unas tacitas adornadas con una florecilla de oro y eran tan bonitas que temblaba de miedo por si las rompía. Rompió una e hizo un paquete con los pedazos y lo tiró al patio; la señora no se dio cuenta, pero a ella le entró dolor de barriga y todavía hoy cuenta lo de la tacita. No es por el trabajo. El trabajo de criada no es cansado. Cansa más trabajar en el campo, pero es un cansancio auténtico, y nadie te mete miedo.

Los domingos por la tarde las muchachas van al cementerio, en grupos, y regresan al ponerse el sol. El cementerio está a las afueras del pueblo, en la carretera que baja a la ciudad. Ese día las muchachas se ponen sus vestidos más bonitos; en invierno, alguna lleva un abrigo, que guarda para los domingos. Los otros días van con la toquilla, muchas veces incluso con los brazos desnudos; por lo general no tienen más que un vestido de diario, el mismo en invierno y en verano, pero para los domingos todas tienen un vestido bonito, y también un collar de coral y un velo negro para la cabeza. Las muchachas que tienen abrigo están contentas, el abrigo se lo ha hecho la Centonze, que es de las que trabajan realmente bien. Si te acercas a la prenda, todavía notas el olor de la Centonze, el olor de su cama y de su habitación, donde nunca se abren las ventanas. En su habitación hay un retrato de la reina. Antes también tenía el del Duce, y las espigas de la batalla del trigo. La Centonze, de rostro pálido y desagradable, con el cabello negro dividido por la raya en medio, cose a máquina dándole fuerte al pedal con el pie descalzo. No para de toser, dicen que está tísica y no todos quieren encargarle trabajo por miedo al contagio. Entonces van a Concettina, pero es vieja y estropea la tela. La Centonze, pisando a fondo el pedal y tosiendo en el pañuelo, maldice a todo el pueblo porque cuentan muchas mentiras, y jura que la tos es del corazón y que por eso no es contagiosa. Cuando le encargan un traje de

novia, no come ni duerme durante unos días, y adelgaza todavía más y le salen ojeras. Por fin, cuando el vestido está acabado, lo extiende sobre la cama con el velo, y las muchachas desfilan para mirarlo, y es tema de conversación durante mucho tiempo.

Las muchachas empiezan muy pronto a pensar en casarse, todavía son niñas, van a la escuela con la escalfeta debajo de la toquilla y hablan de ello en secreto. En cuanto terminan la escuela, si la familia ha ahorrado un poco de dinero, empiezan a hacerse el ajuar. Cuando lo tienen listo, el padre y la madre vigilan atentamente que no salgan con cualquiera, que no cojan mala fama. De modo que a las muchachas les resulta difícil hacer el amor en paz. Y muchas veces se marchitan solas, con el ajuar guardado en el armario, sesenta sábanas, sesenta toallas, cuarenta manteles bordados con punto de sombra, quince pañuelos para el marido a los que luego añadirán las iniciales, ocho camisolas de lana. Pasan los años y de vez en cuando añaden una sábana, una servilleta, un tapetito, con bordados cada vez más elaborados, más recargados. Y entretanto se marchitan solas, van secándose poco a poco, se convierten en viejas solteronas de pueblo, pero siguen esperando. Es imposible que no ocurra nada, con ese ajuar... Las muchachas de familias distinguidas, las hijas del veterinario, del secretario, del recaudador, no se casan jóvenes. No quieren un destripaterrones. Esperan a alguien que venga de fuera, un desconocido que llegue al pueblo por casualidad y se enamore al verlas asomadas al balcón. Cae la noche y la ventana de la Centonze se ilumina, las muchachas bajan a la fuente a lavar la achicoria. Tienen quince, dieciocho, veinte años. En el pueblo hay muchas muchachas. Y de todo tipo. Algunas llevan delantal y zuecos; otras, en cambio, vestidos cortos y zapatos ortopédicos. Unas van a trabajar a los campos, tienen piojos y apestan a estiércol; otras se lavan un poco, se han hecho la permanente y se pintan de rojo las uñas de los pies. En el pueblo es difícil saber, simplemente viendo las

casas o los vestidos, cuánto dinero tiene la gente. Muchachas que apestan a estiércol a menudo poseen un ajuar de cien sábanas, las que llevan zapatos ortopédicos no tienen nada y cenarán pan y achicoria, pero estuvieron con un hombre y se pudieron comprar los zapatos, o la madre vendió manteca, pues en el campo, quien tiene poco dinero todavía disfruta menos ahorrándolo, y por tanto vive al día.



Las muchachas (2016)

A las muchachas que no tienen ajuar la vida les resulta más ligera. Recorren la carretera en la bicicleta de su hermano, sin miedo a parecer poco serias. Trabajan poco en los campos, a veces les mandan algún encargo, o se van a robar leña al pinar, listas para salir corriendo como liebres si se cruzan con el guarda forestal. Elena, la hija de Artemisia, se rompió una pierna y se quedará coja para siempre. Bajaba por el sendero llevando un buen haz de leña cuando se topó con el guarda forestal. Tiró el haz y echó a correr, pero resbaló y se rompió una pierna, las tenía muy largas y delgadas. El guarda forestal cargó con ella hasta el pueblo, pálido como un muerto, y al día siguiente envió a su mujer a casa de Artemisia con cinco huevos frescos. Elena estuvo varios meses en el hospital, pero luego dijeron que no se curaría y la mandaron a casa. Por un tiempo se oyeron los gritos de Artemisia, que solo tiene esta hija y quedará coja para siempre. El guarda forestal también se llevó un buen disgusto. Pero a los del pueblo no les gusta el guarda forestal, pues dicen que si se encuentra a la Savoiarda robando leña hace como si no la viera, porque luego se acuesta con ella.

La madre

La madre era menuda y delgada, algo cargada de hombros; vestía invariablemente una falda azul y una blusa de lana roja. Tenía el cabello negro rizado y corto, untado siempre con aceite para que no se le encrespara tanto; a diario se depilaba las cejas y las transformaba en dos pececillos negros que se escurrían hacia las sienes; se empolvaba el rostro con unos polvos amarillentos. Era muy joven; no sabían qué edad tenía, pero parecía mucho más joven que las madres de sus compañeros de escuela; los chicos siempre se sorprendían al ver lo gordas y viejas que eran las madres de sus compañeros. Fumaba mucho y tenía los dedos manchados por el tabaco; fumaba incluso de noche en la cama, antes de dormirse. Dormían los tres juntos, en la gran cama de matrimonio con la colcha amarilla; la madre ocupaba el lado de la puerta, sobre la mesilla de noche tenía una lámpara con la pantalla cubierta con un paño rojo, porque por la noche leía y fumaba; a veces volvía muy tarde, los chicos se despertaban y le preguntaban dónde había estado: ella casi siempre respondía: «En el cine», o bien: «En casa de una amiga»; ellos ignoraban quién podía ser esa amiga, porque la madre jamás había recibido la visita de ninguna amiga. Les decía que debían darse la vuelta mientras se desnudaba, ellos oían el frufú rápido de la ropa, en las paredes danzaban sombras; se metía en la cama con ellos, un cuerpo delgado dentro del frío camisón de seda, se mantenían apartados de ella porque siempre se quejaba de que se le echaban encima y le daban patadas en

sueños; a veces apagaba la luz para que se durmieran y fumaba en silencio a oscuras.

La madre no era importante. Eran importantes la abuela, el abuelo, la tía Clementina, que vivía en el campo y venía de vez en cuando con castañas y harina de maíz; era importante Diomira, la criada, era importante Giovanni, el portero tísico que hacía sillas de paja; todas esas personas eran muy importantes para los dos chicos porque eran gente fuerte de la que podían fiarse, gente fuerte a la hora de permitir o de prohibir, que sabían hacer bien las cosas y rebosaban de sabiduría y de fuerza; gente que podía defenderlos de los temporales y de los ladrones. Pero si estaban en casa únicamente con la madre, los chicos tenían tanto miedo como si estuvieran solos; en cuanto a permitir o prohibir ella no permitía ni prohibía nunca nada, a lo sumo se quejaba en tono cansado: «No hagáis tanto ruido, que me duele la cabeza», y si le pedían permiso para hacer algo, enseguida respondía: «Preguntadle a la abuela», o bien decía primero que no y luego que sí y luego que no, y era un lío. Cuando salían solos con ella se sentían indecisos e inseguros porque se equivocaba siempre de calle y había que preguntar al guardia y además tenía una manera muy ridícula y tímida de entrar en las tiendas a pedir lo que quería comprar, y siempre se olvidaba algo en las tiendas, los guantes, el bolso o la bufanda, y había que volver atrás a buscarlo y a los chicos les daba vergüenza.

La madre tenía los cajones desordenados y lo dejaba todo tirado y Diomira por las mañanas, cuando arreglaba la habitación, despotricaba contra ella. Llamaba a la abuela para que lo viera y entre ambas recogían medias y ropa y barrían la ceniza esparcida por todas partes. La madre iba a hacer la compra por la mañana: volvía, arrojaba la bolsa sobre la mesa de mármol de la cocina y se subía a la bicicleta y corría a la oficina donde trabajaba. Diomira examinaba el contenido de la bolsa, tocaba las naranjas una por una y la

carne, y refunfuñaba y llamaba a la abuela para que viera lo mala que era aquella carne. La madre regresaba a casa a las dos, cuando ya habían comido todos, y comía deprisa con el periódico apoyado contra el vaso y luego se iba de nuevo en bicicleta a la oficina y volvían a verla un momento a la hora de cenar, pero después de cenar casi siempre salía.

Los chicos hacían los deberes en el dormitorio. Sobre el cabecero de la cama pendía el retrato del padre, grande, con la barba negra cuadrada y calvo y las gafas de carey; también había otro retrato pequeño sobre la mesa, con el menor de los chicos abrazado al cuello. El padre había muerto cuando ellos eran muy niños, no recordaban nada de él: o mejor dicho, el mayor se acordaba vagamente de una tarde lejanísima, en el campo, en casa de la tía Clementina: el padre lo empujaba por la hierba en una carretilla verde; más tarde encontró algunas piezas de aquella carretilla, un mango y la rueda, en el desván de la tía Clementina; era una preciosa carretilla nueva y poseerla le hacía muy feliz; el padre le empujaba corriendo, su larga barba ondeaba. Aunque no sabían nada de él, creían que debía ser de los fuertes y sabios a la hora de permitir o de prohibir; la abuela, cuando el abuelo o Diomira se enfadaban con la madre, decía que había que compadecerla porque había sido muy desgraciada y que si hubiera vivido Eugenio, el padre de los chicos, hubiera sido una mujer completamente diferente, pero había tenido la desgracia de perder a su marido muy joven. Por un tiempo también había habido una abuela paterna, no la habían visto nunca porque vivía en Francia, pero les escribía y les enviaba regalitos por Navidad: luego se murió porque era muy vieja.

Para merendar comían castañas, o pan con aceite y vinagre, y luego, si habían acabado los deberes, bajaban a jugar a la placita o entre las ruinas de los baños públicos, destruidos en un bombardeo. En la placita había muchas palomas y les llevaban pan o le pedían a Diomira un cucurucho de arroz

sobrante. Allí se reunían con todos los chicos del barrio, compañeros de escuela y otros con quienes también coincidían en la parroquia los domingos, cuando jugaban al fútbol con el padre Vigliani, que se arremangaba la sotana negra y chutaba. En la placita a veces también jugaban al fútbol o a policías y ladrones. De vez en cuando la abuela se asomaba al balcón y les gritaba que no se hicieran daño: era bonito ver desde la plaza oscura las ventanas iluminadas de la casa, allí en el tercer piso, y saber que se podía volver a él, calentarse ante la estufa y protegerse de la noche. La abuela se sentaba en la cocina con Diomira y remendaban las sábanas; el abuelo permanecía en el comedor y fumaba en pipa con la gorra puesta. La abuela era muy gorda, vestía de negro y del pecho le colgaba un medallón con el retrato del tío Orestes, que había muerto en la guerra; hacía unas pizzas muy buenas y otras cosas. A veces se los sentaba en las rodillas, incluso ahora que ya eran bastante mayores; era gorda, con su voluminoso pecho muy blando; por el escote del traje negro asomaba la gruesa camiseta de lana blanca con el borde festoneado que ella misma se había hecho. Se los sentaba en las rodillas y en su dialecto les decía palabras tiernas y un poco compasivas; y luego se sacaba del moño una larga horquilla de hierro con la que les limpiaba las orejas; ellos chillaban y querían escapar, y el abuelo se asomaba a la puerta con su pipa.

El abuelo había sido profesor de griego y latín en el instituto. Ahora se había jubilado y estaba escribiendo una gramática griega. Muchos de sus antiguos alumnos iban a verlo de vez en cuando, entonces Diomira tenía que preparar café. En el retrete había hojas de cuaderno con traducciones del latín y el griego, con sus correcciones en rojo y azul. El abuelo llevaba una barbita blanca, parecida a la de las cabras, y debían evitar hacer ruido porque tenía los nervios destrozados tras tantos años de dar clases. Vivía permanentemente asustado por la subida de los precios y la abuela tenía que discutir con él

todas las mañanas, porque el abuelo siempre se hacía cruces de la cantidad de dinero que se necesitaba; decía que tal vez Diomira robaba el azúcar y se preparaba café a escondidas, y ella cuando le oía corría a gritarle: el café era para los alumnos que iban a verle. Se trataba de pequeños incidentes que pasaban enseguida y los chicos no se asustaban. En cambio sí se asustaban cuando se peleaban el abuelo y la madre. Ocurría en algunas ocasiones, si ella regresaba muy tarde por la noche; entonces el abuelo salía de la habitación con el abrigo encima del pijama y descalzo, y él y la madre empezaban a gritar. Él le decía: «Sé dónde has estado, sé dónde has estado, sé lo que eres». Y ella respondía: «Y a mí qué me importa». Y también : «Mira, has despertado a los niños». «Como si te importaran los niños — replicaba él —. No digas nada, porque sé lo que eres. Una zorra, eso es lo que eres. Te pasas la noche dando vueltas por ahí porque eres una zorra loca. Y entonces aparecían la abuela y Diomira en camisón y lo empujaban a su habitación, diciendo: «Chist, chist». Y la madre se metía en la cama y sollozaba debajo de las sábanas, y sus fuertes sollozos resonaban en el dormitorio a oscuras. Los niños pensaban que el abuelo sin duda llevaba razón, pensaban que la madre hacía mal yendo al cine y a casa de sus amigas de noche. Se sentían muy desdichados, asustados y desdichados; se acurrucaban muy juntos en el cálido lecho blando y ancho, y el mayor, que estaba en medio, se apartaba para no tocar el cuerpo de la madre: le parecía que había algo repugnante en el llanto materno, en la almohada mojada. Pensaba: «Un chico siente asco de su madre cuando ella llora». Los chicos nunca hablaban entre ellos de estas peleas de su madre con el abuelo, lo evitaban cuidadosamente. Pero se querían mucho y cuando la madre lloraba se pasaban la noche muy abrazados; por la mañana sentían un poco de vergüenza, porque se habían abrazado tan fuerte para protegerse y porque estaba aquello de lo que no querían hablar; de todos modos, se olvidaban pronto de su desdicha,

empezaba el día e irían a la escuela, por la calle se encontrarían con sus compañeros y jugarían un momento a la puerta de la escuela.

La madre se levantaba con la luz grisácea de la mañana: se enjabonaba el cuello y los brazos inclinándose sobre la palangana, con las enaguas enrolladas a la cintura. Siempre procuraba que los chicos no la vieran, pero ellos distinguían en el espejo sus hombros morenos y flacos y los pequeños pechos desnudos: con el frío los pezones se oscurecían y endurecían. Levantaba los brazos y se empolvaba las axilas, cuyo vello era rizado y espeso. Cuando estaba arreglada, empezaba a depilarse las cejas, mirándose de cerca en el espejo y apretando fuerte los labios; luego se esparcía crema por la cara y sacudía con fuerza la borla de plumón de cisne color rosa chillón y se empolvaba: la cara se le ponía entonces completamente amarilla. Algunas veces por la mañana se la veía bastante alegre y quería hablar con ellos, les preguntaba cosas de la escuela y por los compañeros, y contaba anécdotas de cuando ella iba a la escuela: tenía una maestra que se llamaba «*signorina Dirce*», una vieja solterona que quería parecer joven. Luego se ponía el abrigo y cogía la bolsa de la compra, se inclinaba a besarlos y corría con la bufanda cubriéndole la cabeza y el rostro perfumado y empolvado con polvos amarillentos.

A los chicos les resultaba extraño haber nacido de ella. Habría sido mucho menos extraño haber nacido de la abuela o de Diomira, con sus grandes cuerpos cálidos que protegían del miedo, que preservaban de temporales y ladrones. Era muy raro pensar que su madre era aquella, que los había llevado un tiempo en su pequeño vientre. Desde que se enteraron de que los niños están en la barriga de la madre antes de nacer, se habían asombrado e incluso avergonzado un poco de que aquel vientre los hubiese acogido durante un tiempo. Y también los había amamantado, lo que resultaba aún más raro. Pero ahora ya no tenía hijos pequeños que amamantar ni acunar, y todos los

días la veían irse en bicicleta después de la compra, con el ímpetu libre y feliz del cuerpo. Sin duda no les pertenecía: no podían contar con ella. No podían pedirle nada. Había otras madres, las madres de sus compañeros, a quienes era evidente que se podía pedir un montón de cosas; los compañeros corrían hacia ellas al salir de la escuela y les pedían un montón de cosas, dejaban que les limpiaran las narices y les abrocharan el abrigo, les enseñaban los deberes y los tebeos. Estas madres eran bastante viejas, con sombreros o velos o cuellos de piel, y casi todos los días iban a hablar con el maestro: eran como la abuela o como Diomira, grandes cuerpos mansos y fuertes de gente que no se equivocaba, gente que no perdía las cosas, que no tenía los cajones desordenados, que no volvía tarde por la noche. Pero su madre se iba corriendo, libre, después de hacer la compra, además no sabía comprar, se dejaba engañar por el carnicero, muchas veces incluso le daban mal el cambio. Se iba y ya era imposible alcanzarla; en el fondo ellos la admiraban mucho cuando se marchaba; a saber cómo era su oficina, raras veces hablaba de ella; debía escribir a máquina cartas en francés e inglés: quién sabe, a lo mejor en eso era muy buena.

Un día en que habían ido a pasear con el padre Vigliani y otros chicos de la parroquia, al regresar vieron a la madre en un café de las afueras. Estaba sentada dentro del café, la vieron a través de los cristales, y había un hombre con ella. La madre había puesto sobre la mesa la bufanda escocesa y el viejo bolso de cocodrilo que tan bien conocían; el hombre llevaba un largo abrigo claro y bigote castaño y hablaba sonriéndole. La expresión de su madre era feliz, relajada y feliz, una expresión que nunca tenía en casa. Miraba al hombre y se cogían las manos, ella no vio a los chicos, que siguieron caminando junto al padre Vigliani, que les decía que se apresuraran porque había que subirse al tranvía. Cuando se hubieron montado en él, el chico pequeño se acercó a su hermano y le dijo:

—Has visto a mamá.

—No, no la he visto — dijo el mayor.

El pequeño rió por lo bajini y dijo:

—Sí la has visto; era mamá y había un señor con ella.

El otro se volvió: era mayor, tenía casi trece años. Su hermano pequeño le ponía nervioso porque le daba pena, no sabía por qué pero le daba pena, también sentía pena de sí mismo y no quería pensar en lo que había visto, quería fingir que no había visto nada.

No se lo dijeron a la abuela. Por la mañana mientras la madre se vestía, el pequeño dijo:

—Ayer, cuando salimos a pasear con el padre Vigliani, te vimos y estaba contigo un señor.

Ella se volvió de un brinco, puso mala cara: los pececillos negros de la frente se escurrieron y se juntaron a la vez.

—No era yo — dijo —. Menuda ocurrencia. Yo tengo que quedarme en la oficina hasta tarde, hasta la noche, ya lo sabes. Os habréis equivocado.

Entonces el mayor dijo con tono cansado y tranquilo:

—No, no eras tú. Era una que se parecía a ti.

Y los dos chicos supieron que aquel recuerdo debía desaparecer; y ambos respiraron hondo para expulsarlo.

Pero aquel hombre del abrigo claro fue una vez a su casa. No llevaba abrigo porque era verano, tenía los ojos azules y vestía un traje de tela claro; pidió permiso para quitarse la chaqueta mientras comían. El abuelo y la abuela habían ido a Milán a visitar a unos parientes y Diomira se había marchado a su pueblo, de modo que estaban solos con la madre. Entonces llegó aquel hombre. La comida era bastante buena: la madre lo había comprado casi todo en la charcutería, pollo con patatas fritas, venían de allí. Preparó la pasta, estaba buena, aunque la salsa se había quemado un poco.

También había vino. La madre estaba nerviosa y alegre, quería decir muchas cosas a la vez: quería hablar de los chicos al hombre y al hombre de los chicos. El hombre se llamaba Max y había estado en África, tenía muchas fotografías de allí y las enseñaba: una era de un mono suyo, los chicos le hicieron muchas preguntas sobre el mono; era muy inteligente y lo quería mucho y se ponía muy gracioso y cariñoso cuando quería un caramelo. Pero lo había dejado en África porque estaba enfermo y temía que se muriera en el barco. Los chicos se hicieron amigos de aquel Max. Les prometió que un día los llevaría al cine. Le enseñaron sus libros, no tenían muchos; les preguntó si habían leído *Saturnino Farandola* y dijeron que no y él dijo que se lo regalaría, y también *Escuela de robinsones*, porque era muy bonito. Después de comer su madre les dijo que fueran a jugar a la parroquia. Les hubiera gustado quedarse un rato más con Max. Protestaron un poco, pero ella y también Max dijeron que tenían que marcharse; y por la noche cuando regresaron a casa Max ya no estaba. La madre preparó rápidamente la cena, café con leche y ensalada de patatas; estaban contentos, querían hablar de África y del mono, estaban muy contentos y no sabían muy bien por qué. Ella también parecía contenta y contaba cosas: en cierta ocasión había visto a un mono bailando junto a un organillo. Luego les dijo que se acostaran y que ella iba a salir un momento, que no debían tener miedo, no había motivo; se inclinó para besarlos y dijo que no era necesario hablar de Max al abuelo y a la abuela porque a ellos no les gustaba que invitaran a gente.

Así que pasaron varios días solos con su madre; comían cosas insólitas porque ella no tenía ganas de cocinar: jamón, mermelada y café con leche, y cosas fritas de la charcutería. Luego lavaban los platos todos juntos. Pero cuando regresaron el abuelo y la abuela los chicos se sintieron aliviados: de nuevo había un mantel en la mesa a la hora de comer y vasos y cuanto se requería; de nuevo la abuela estaba sentada en la mecedora con su cuerpo

manso y su olor; ella no podía marcharse, era demasiado vieja y demasiado gorda, era bueno tener a alguien que estaba en casa y nunca podía escapar.

Los chicos no le hablaron de Max a la abuela. Esperaban el libro de *Saturnino Farandola* y que Max los llevase al cine y les enseñase más fotografías del mono. Un par de veces le preguntaron a su madre cuándo irían al cine con el señor Max. Pero ella respondió secamente que el señor Max se había marchado. El más pequeño preguntó si se había ido a África. La madre no respondió. Pero él estaba seguro de que se había marchado a África a buscar al mono. Imaginaba que algún día aparecería en la escuela, con un criado negro y el mono al cuello. Empezaron de nuevo las clases y la tía Clementina fue a pasar unos días con ellos: trajo una bolsa de peras y manzanas que se cocían en el horno con vino de marsala y azúcar. La madre estaba de muy mal humor y no paraba de pelearse con el abuelo. Regresaba tarde por la noche y permanecía despierta fumando. Había adelgazado mucho y no comía. La cara se le volvía cada vez más pequeña, amarillenta; ahora también se ponía máscara en las pestañas: escupía en una cajita y con un pequeño pincel sacaba la máscara de donde había escupido; se ponía muchísimos polvos, la abuela quería quitárselos con un pañuelo, pero ella apartaba la cara. No hablaba casi nunca y, cuando lo hacía, parecía que le costaba mucho, su voz era débil. Un día regresó a casa por la tarde hacia las seis: era extraño, por lo general llegaba mucho más tarde. Se encerró con llave en el dormitorio. El chico pequeño llamó a la puerta porque necesitaba un cuaderno; la madre respondió desde dentro con voz furiosa que quería dormir y que la dejaran en paz. El chico explicó tímidamente que necesitaba el cuaderno; entonces abrió, tenía la cara hinchada y mojada. El chico comprendió que estaba llorando, se dirigió a la abuela y dijo: «Mamá está llorando», y la abuela y la tía Clementina hablaron mucho rato en voz baja; hablaban de su madre, pero él no entendía lo que decían.

Una noche la madre no volvió a casa. El abuelo fue muchas veces, descalzo, con el abrigo encima del pijama, a ver si estaba; también acudió la abuela, y los chicos durmieron mal, oían a la abuela y al abuelo deambular por la casa, abrir y cerrar las ventanas. Los chicos tenían mucho miedo. Luego por la mañana llamaron de la comisaría: habían encontrado a la madre muerta en un hotel, había tomado veneno, había dejado una carta. Fueron el abuelo y la tía Clementina, la abuela chillaba, a los chicos los enviaron al piso de abajo a casa de una anciana, que repetía: «No tenía corazón; mira que dejar a dos criaturas así».

Llevaron a la madre a casa. Los chicos fueron a verla cuando la hubieron tendido en la cama. Diomira le había puesto los zapatos de charol y el vestido de seda rojo con el que se casó: era pequeña, una pequeña muñeca muerta.

Resultaba extraño ver flores y cirios en la habitación de siempre. Diomira, la tía Clementina y la abuela estaban arrodilladas rezando; habían dicho que se había tomado el veneno por error, porque si no el cura no iría a bendecirla, si se enteraba de que lo había hecho intencionadamente. Diomira dijo a los chicos que tenían que besarla: les daba un apuro terrible y la besaron uno después del otro en la mejilla fría. Luego se celebró el funeral, fue muy largo, atravesaron toda la ciudad y estaban muy cansados; acudió también el padre Vigliani y muchos muchachos de la escuela y de la parroquia. Hacía frío, en el cementerio soplaba un fuerte viento. Cuando volvieron a casa, la abuela se puso a llorar y a gritar delante de la bicicleta en el pasillo: porque le parecía estar viéndola cuando salía corriendo, con su cuerpo libre y la bufanda ondeando al viento; el padre Vigliani decía que ahora estaba en el cielo, porque tal vez no sabía que lo había hecho intencionadamente, o lo sabía y fingía no saber nada. Pero los chicos no sabían muy bien si el cielo existía de verdad, porque el abuelo decía que no y la abuela decía que sí, y la madre una vez había dicho que no existe el cielo, con angelitos y música bonita, sino

que los muertos van a un lugar donde no se está ni bien ni mal, y donde no se desea nada, y como no se desea nada descansan y están en completa paz.

Los chicos se marcharon una temporada al campo, a casa de la tía Clementina. Todos eran muy buenos con ellos, y los besaban y acariciaban, y a ellos les daba mucho apuro. Nunca hablaron de su madre entre ellos, y tampoco del señor Max; en el desván de la tía Clementina encontraron el libro de *Saturnino Farandola*, que leyeron y les pareció bonito. Pero el chico mayor pensaba mucho en su madre, en cómo la había visto aquel día en el café, con Max, que le cogía las manos, y con un rostro tan relajado y feliz; entonces pensaba que tal vez la madre había tomado el veneno porque Max se había ido a África para siempre. Los chicos jugaban con el perro de la tía Clementina, un bonito perro que se llamaba Bubi, y aprendieron a trepar a los árboles, porque antes no sabían. También iban a bañarse al río, y era agradable volver por la noche a casa de la tía Clementina y hacer los crucigramas todos juntos. Los chicos estaban muy contentos de estar con la tía Clementina. Luego volvieron a casa de la abuela y también estuvieron muy contentos. La abuela se sentaba en la mecedora y quería limpiarles las orejas con sus horquillas. Los domingos iban al cementerio, les acompañaba también Diomira, compraban flores y a la vuelta se paraban en un bar a tomar el ponche caliente. Cuando estaban en el cementerio, delante de la tumba, la abuela rezaba y lloraba, pero costaba mucho pensar que las tumbas y las cruces y el cementerio tuvieran algo que ver con la madre, la que se dejaba engañar por el carnicero y salía a la carrera en bicicleta, y fumaba y se equivocaba de calle y sollozaba por las noches. La cama ahora les resultaba demasiado grande y tenían una almohada para cada uno.

No pensaban mucho en ella porque les resultaba doloroso y les daba un poco de vergüenza. En ocasiones intentaban recordar cómo era, cada uno por su cuenta, en silencio; y cada vez les costaba más juntar los cabellos cortos y

rizados y los pececillos negros en la frente y los labios; se ponía muchos polvos amarillentos, eso lo recordaban bien; poco a poco se convirtió en un punto amarillo, imposible recordar la forma de las mejillas y de la cara. Además ahora sabían que no la habían querido mucho, tal vez ella tampoco los quería mucho; de haberlos querido no se habría tomado el veneno, como habían oído decir a Diomira y al portero y a la señora del piso de abajo y a mucha otra gente. Los años pasaban y los chicos crecían y sucedían muchas cosas, y aquel rostro al que no habían querido tanto iba desvaneciéndose para siempre.

Mujeres con sombrero y sin sombrero, jóvenes y viejas, maquilladas o con la cara limpia. Ellas, tan solas o con demasiada gente a su alrededor; con hijos que hacen preguntas molestas o amantes que llegan, te usan, saludan y se van. Mujeres que tarde o temprano se sienten malqueridas, aunque anden por la calle pisando fuerte y mirando coquetas el reflejo de su cuerpo en el escaparate de alguna tienda.

En estos cuentos hablan, lloran, caminan las mujeres de Ginzburg y, abrazándolas a todas, el texto que abre las puertas de este libro hermoso y valiente:

«Las mujeres tienen la mala costumbre de caer en un pozo de vez en cuando, de dejarse embargar por una terrible melancolía, ahogarse en ella y bracear para mantenerse a flote: ese es su verdadero problema ... Lo que tienen que hacer las mujeres es defenderse con uñas y dientes de esta malsana costumbre, porque un ser libre no cae casi nunca en el pozo ni piensa siempre en sí mismo, sino que se ocupa de todas las cosas importantes y serias que hay en el mundo, y solo se ocupa de sí mismo esforzándose por ser cada día más libre. La primera que debe aprender a actuar así soy yo».

NATALIA GINZBURG

Oriana Fallaci, en una entrevista a la autora, describió a **Natalia Ginzburg** con estas palabras: «Ni guapa ni elegante, con rebeca y falda de color azul ceniza, con ese aire un pelín apagado de tía soltera y sin edad definida ... Sorprende su voz, como de *femme fatale*. Es como si fuera la voz de otra, y te atrapa, te fascina».

Pues esa mujer ni guapa ni elegante fue una de las voces más importantes de la literatura italiana del siglo XX. Nacida en Palermo en 1916, pronto se trasladó a Turín y luego, ya casada con Leone Ginzburg, vivió en Roma hasta que su marido fue asesinado en una cárcel de la capital por las fuerzas fascistas.

Entre sus obras más conocidas, además de *Léxico familiar*, que en 1963 fue galardonado con el Premio Strega, destacan *Las pequeñas virtudes*, *Querido Miguel*, *Todos nuestros ayeres*, una selección de cuentos titulada *A propósito de las mujeres*, su colección de ensayos *Las tareas de casa y otros ensayos* y *La ciudad y la casa*, su última novela.

Ginzburg trabajó muchos años como editora en Roma, y allí murió en 1991. Lumen ha querido rendir homenaje a la gran autora rescatando alguna de sus obras más importantes, con nuevos prólogos a cargo de Elena Medel e ilustraciones de Oscar Tusquets Blanca.



Lumen recomienda

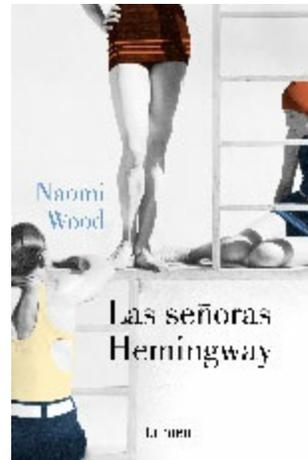
Natalia Ginzburg | La ciudad y la casa

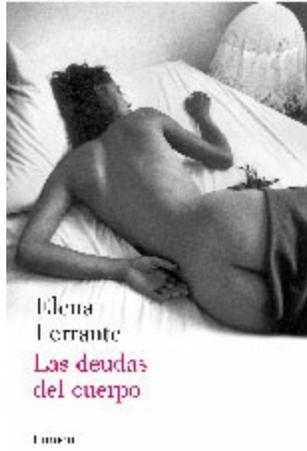
Ladydi

Jean for Clement

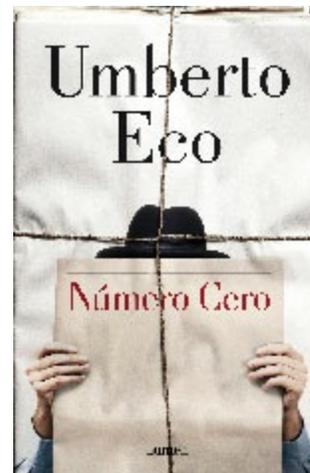
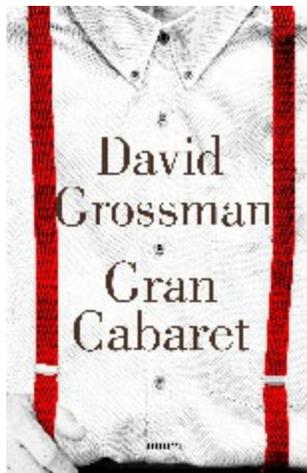


Kate Atkinson
Una y otra vez





~~Todos~~
~~nuestros~~
~~nombres~~
Dinaw Mengestu



Título original: «Discurso sulle donne», «Un'assenza», «I bambini», «Giulietta», «Tradimento», «Casa al mare», «Mio marito», «Le ragazze», «La madre», reunidos en *Un'assenza*

Edición en formato digital: enero de 2017

© 2016, Giulio Einaudi editore s. p. a, Turín

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Elena Medel, por el prólogo

© 2017, Oscar Tusquets Blanca, por las ilustraciones

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse

Ilustración de portada: © Oscar Tusquets Blanca

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0434-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial